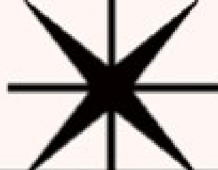


ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

PETER KAPRA

LOS HOMBRES-PECES

Los hombres—peces
Peter Kapra

Espacio el Mundo Futuro/431

CAPÍTULO PRIMERO

El hecho de ser millonaria tiene algunas ventajas, y Pier Kreis estaba dispuesta a reconocerlo, aunque no era ella, precisamente, quien había amasado los millones, sino su padre, el Armador, como se llamaba ampulosamente al calvo Arthur Kreis.

Y una de esas ventajas, concretamente, era poseer un yate tan precioso y marinero como el «Diane», no muy grande, pero sí seguro, veloz, cómodo y lujoso.

Arthur Kreis era un enamorado del mar; amaba el océano, le entusiasmaba su grandeza y sus peligros, no en vano había pasado toda la vida frente al mar, rodeado de mar, viviendo del mar.

Fue un hombre que surgió de la nada. Empezó con una barca de pesca, en la isla de Santa Catalina, y ahora poseía media docena de buques de cabotaje, de gran altura, que navegaban por todos los mares del mundo.

A sus cincuenta años, Arthur Kreis podía aún permitirse el lujo de olvidarse un tanto de sus negocios y pasar unas vacaciones en Hawai. Con él iban su hija única, Pier, su secretario, Don Coleman, un hombre joven y sobrio, sensato y serio, cuya única afición era la pesca submarina.

Por eso había sido invitado Don. Hacía compañía al padre y a la hija, y cuidaba de atender la radio de onda corta, a través de la cual se llevaban los negocios más urgentes del Armador.

El patrón del yate era un amigo de Kreis, otro lobo marino, ducho en avatares, por todos los mares del globo, llamado Jack Bronson.

Precisamente, el día en que empieza este relato, el capitán Bronson miraba al cielo y unas arrugas se formaron en su frente.

—No me gustan esas nubes, Kreis.

La compuerta que comunicaba el puentecillo con la cámara estaba abierta. Por ella salió Arthur Kreis, vestido con americana azul, pantalón blanco y cuello de la camisa vuelto. El armador se situó al lado de Bronson y contempló las nubes que asomaban por el horizonte.

—¡Bah! —exclamó, despectivamente—. El «Diane» es más seguro que un transatlántico.

—Pueden ser indicios de galerna. Será mejor que avise a Don y busque la estación metereológica de Honolulú.

—La radio está medio descompuesta, Jack —contestó el millonario—. Anoche no pude recibir el informe de mi oficina, De todas formas, si las cosas se ponen feas, regresaremos a Hawai.

—Estamos muy lejos. Antes de llegar a puerto, la tempestad se nos habrá venido encima.

Kreis, palmoteó la recia y erguida espalda de Bronson y declaró, jovialmente:

—Si eso ocurre, nos encerraremos en la cámara y que venga agua. No hay nada más hermético que el «Diane».

—Me preocupa su hija, Kreis. Puede sufrir una crisis nerviosa.

—Pier es fuerte como yo, Jack. Animosa y valiente. En cuanto a Don... Bueno, te diré que es capaz de arrojarse al mar estando arbolada. Voy a intentar reparar la radio.

Arthur Kreis regresó a la cámara.

Pier estaba tendida en una butaca, leyendo una revista y tomando un refresco. Al otro lado de la cámara había un pasillo corto, con cuatro puertas, dos a babor y dos a estribor. Eran los camarotes de los pasajeros. Una escalerilla subía a la estructura, donde estaba la cabina de radio.

—Echaré una mano a Don, Pier, Nos hace falta la radio.

—Opino que es un trasto inútil, papá —dijo la joven que vestía un pantalón corto y un suéter excesivamente escotado.

Pier era rubia, tenía los ojos limpiamente azules, en contraste con los de su padre, que eran oscuros, y poseía una piel suave y sedosa, todo lo cual había heredado de su madre, ya difunta.

—Puede que tengamos temporal, Pier. Y nos interesa conocer la profundidad y extensión de esa borrasca.

—No te inquietes por mí, papá. Yo pongo buena cara al mal tiempo.

El hombre se inclino sobre su única hija y la besó en la mejilla.

—Eres adorable, Pier.

Dicho esto, Arthur Kreis se alejó por el pasillo y subió la escalerilla. El yate oscilaba aún ligeramente, con suave cabeceo, alzándose y descendiendo en la distancia la raya del horizonte.

En la cabina de T.S.H. había un joven, de complesión atlética y facciones agradables, perfectamente rasurado, que vestía pantalón tejano, descolorido y una camisa de cuadros.

Bajo la mesa en la que estaba trabajando, con el radioemisor medio desmontado, habían dos botellas de oxígeno, mascarilla de inmersión y un traje de caucho, rojo, así como un fusil lanzaarpones y varios objetos de pesca submarina.

—Eh; Don, ¿cómo va eso?

El joven Se volvió y se frotó la frente con el dorso de la mano.

—Me temo que Dios no me ha llamado por el camino de la radiotecnia, señor Kreis, Aunque sospecho que debe haber alguna válvula fundida.

—A ver… Déjame echar un vistazo.

La cabina era angosta. En todo el yate se había intentado ganar sitio, sin tener que prescindir de nada.

Arthur Kreis entró y Don Coleman hubo de pegarse al mamparo, tomando un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa.

—¡Vaya, creo que sobrarán piezas!

—Haré que lo arreglen cuando volvamos a Hawai, señor Kreis. Debe ser culpa mía.

—Lo dudo, Don. Tu eres un chico muy hábil. ¿Por qué no vas y le haces un poco de compañía a Pier? Yo me entretendré aquí.

—Gracias. Es usted muy amable.

Don Coleman abandonó a su jefe y descendió a la cámara, donde Pier Kreis continuaba enfrascada con su revista.

—Hola, Pier.

—¡Oh, hola, Don! ¿Por qué no le decimos a Jack que pare las máquinas y nos damos un baño?

—Hay muchos tiburones por estas aguas. Además, hay mar de fondo.

—Siéntante, entonces. —La joven sonrió agradablemente, arrojando la revista al suelo—. Charlaremos.

—Nada me complace más, Pier.

—¿Es cierto lo que me contó Betsy?

—¿Y qué te contó esa embaucadora?

—Me habló de una prima tuya que fue a verte a la oficina.

—¡Oh! Eso es chismorrería.

—Las mujeres nos lo contamos todo. Me dijo que tu prima Eleanor reside en Hollywood y ha trabajado en el cine.

—Es cierto, pero en una película únicamente —dijo Don, abriendo el armario y sirviéndose un martini con sifón—. Pero no creo que llegue a estrella. Le falta talento.

—Betsy dice que es muy linda y que te abrazó con mucho entusiasmo —insistió Pier.

—Figuraciones. Vivimos juntos, cuando de pequeños, en Los Ángeles. Llevaba muchos años sin verla.

—¿No te gusta tu prima Eleanor, Don? —preguntó la joven.

—Pues… No sé qué decirte. Tú eres más bonita que ella.

—¿Es un piropo?

—No, la verdad.

—¿Crees que yo podría ser estrella?

—No lo sé.

—A mí me gustaría ser famosa como Liz Taylor.

—¡Qué horror!

Ambos rieron alegremente y él se dejó caer en otra butaca, junto a la joven. Eran buenos camaradas.

* * *

El cielo empezó a oscurecerse rápidamente y la mar a tomar aquel tono plomizo y agorero, propio de los grandes temporales. También el cabeceo del «Diane» se acentuó».

Jack Bronson penetró en la cámara y dijo:

—¿Dónde está tu padre, Pier?

—Arriba, intentando arreglar la radio. Parece que el tiempo se pone feo, ¿eh, Jack?

—Un poco. Pero no os inquietéis.

Jack Bronson se alejó hacia popa, subiendo la escalerilla de la estructura y deteniéndose ante la puerta cerrada de la cabina de radio. Abrió.

—Señor Kreis.

—¡Ah, hola, Jack! —exclamó el millonario, volviéndose.

—Lo que me temía. Se trata de una galerna y viene rápidamente hacia nosotros.

Arthur Kreis miró a través del ojo de buey y frunció el ceño.

—Bueno, no hay por qué alarmarse. Cerraremos todas las compuertas empezando por aquí. Ya arreglará otro esta radio. Vamos abajo.

—Voy a cambiar de rumbo. Intentaré capear el temporal.

—De acuerdo, Jack. Asegúrate que todo está bien cerrado.

Regresaron al interior del yate, cerrando las compuertas con las palometas. Todo era metálico allí, resistente y sólido.

Bronson se dirigió al puente y Arthur Kreis entró en la cámara, donde los dos jóvenes seguían departiendo amistosamente.

—Será mejor que me ayudes a poner las cosas en orden, Don. Vamos a tener temporal. Cuídate de la cocina, Pier.

—Sí, papá.

—Lo que usted mande, señor Kreis —dijo Don, levantándose.

En pocos momentos, el «Diane» se encontraba en condiciones de capear al temporal. Jack Bronson había parado los dos motores y la embarcación se ponía al pairo, para aprovechar la fuerza del oleaje, que se intensificaba por instantes.

De pronto empezó a llover con fuerza.

Asomado a uno de los portillos, Arthur Kreis dijo:

—Se trata de una galerna. Y, por estas latitudes, no suele ser moderada. Tampoco creo que dure mucho.

—No te preocupes por nosotros, papá. No tengo miedo.

—Ya lo sé, hija. Pero, yo que tantos temporales he presenciado en mi vida, sin alterarme, me encuentro ahora un poco nervioso.

—¿Nervioso, señor Kreis? —preguntó Don, acercándose a su jefe.

—No sé exactamente lo que me ocurre. Es como un vago y nefasto presentimiento. No os alarméis, ¡por Dios! Presiento como si fuese a ocurrir algo malo.

—¡Me asustas, papá!

—No me hagas caso. Será mejor que vaya al puente, con Jack.

El millonario salió, cerrando la compuerta del puente y dejando solos a los dos jóvenes.

—No hagas caso a tu padre, Pier.

—¡El yate se mueve mucho!

—Es lógico. El mar se está revolviendo fuertemente.

Don hubo de agarrarse a un pasamano para evitar caer cuando un fuerte bandazo sacudió la embarcación.

—¡Cierra el portillo, Don! —chilló la joven, cuando el agua salpicó el interior de la cámara.

El obedeció. Ahora, el rugido de la galerna quedó amortiguado en el exterior, Ellos permanecieron, cada uno ante un portillo, mirando afuera. Y Pier Kreis, sin darse cuenta, se fue tornando pálida.

—Esto se pone muy feo —musitó la muchacha, como si estuviese rezando.

Don Coleman no contestó. Los bandazos del «Diane» eran cada vez más violentos, y uno, especialmente, puso al yate en peligro de zozobrar.

A los pocos instantes, la compuerta que comunicaba con el puente se abrió y penetraron Arthur Kreis y Jack Bronson, cerrando inmediatamente.

Don y Pier se volvieron a mirarles.

—Es peor de lo que temíamos —musitó el millonario—. No se puede estar en el puente.

Ambos venían empapados de agua.

—Aquí se está seguro —dijo Jack Bronson, sin mucha convicción.

—¿Corremos peligro, papa? —preguntó la muchacha.

—No, hija; no te inquietes. El «Diane» se mantendrá a flote, pese a todo.

Se produjo un nuevo salto, como si el yate hubiese remontado la cresta de una elevada masa de agua, y luego cayera vertiginosamente en el vacío. Bronson, pese a estar sujeto a uno de los sillones empotrados en el piso, perdió el equilibrio y fue a golpear contra las piernas de Don, que estaba sujeto a un pasamano del mamparo.

—¡Agarraos fuerte! —gritó Kreis, en el instante en que se escuchaba como un crujido de las cuadernas del yate, rompiéndose.

La oscuridad era casi completa ya y Arthur Kreis quiso encender las luces de la cabina. Pero, por mucho que dio a los interruptores no lo consiguió.

—Ha debido de estropear la instalación de baterías —gritó Kreis, sin ser oído por nadie.

El estruendo de la galerna, fuera, era inmenso.

Pier estaba ahora tendida en el suelo, agarrada a uno de los sillones. El yate continuaba brincando, cayendo, subiendo… Y la sensación de vértigo se acentuaba en todos los navegantes:

—¡Cielo santo! —exclamó Arthur Kreis—. ¡Jamás había visto nada igual!

De pronto, el «Diane» dio un vuelco, al final de una espantosa caída en el seno de una gigantesca ola, y sobre el cayeron miles de toneladas de agua.

Todos los ocupantes de la cámara, excepto Pier, que quedó colgando del sillón, se encontraron rodando por el techo de la cámara. La embarcación había dado un vuelco completo, quedando con la quilla hacia el aire.

—¡Nos hundimos! —gritó Don—. ¡Algo se ha roto!

Se produjo un zarandeo furioso y luego se hizo la más densa e impenetrable oscuridad. También pareció cesar la violencia del temporal, aunque la sensación oscilatoria de la embarcación, ahora completamente de lado, hizo que Jack Bronson se pusiera en pie, agarrándose al piso de la cámara, que se había convertido en pared.

—No… ¡No puede ser!

Arthur Kreis también se incorporó, poniéndose de rodillas ante uno de los portillos cerrados. Y un grito mucho más desgarrador que el de Bronson surgió de su garganta.

—¡Nos hemos hundido!

Jack Bronson se acercó a otro portillo y miró a través de él. Una ojeada le bastó para levantar la mirada y musitar:

—¡Que el Señor tenga piedad de nosotros! ¡Descendemos hacia los abismos!

Pier chilló y se desplomó, sin sentido.

* * *

Los mamparos crujieron ante la presión del agua, que iba en aumento.

Bronson estaba sujeto a las palometas de la compuerta de popa, sudando copiosamente, pero en la oscuridad era imposible

distinguir sus facciones. Un rictus de infinita angustia se dibujaba en su curtido semblante.

—Cuando descendamos más, todo se inundará... Moriremos aplastados.

Arthur Kreis rezaba, de rodillas, junto al cuerpo insensible de su hija.

Don Coleman no despegaba los labios. Era inútil hablar. No podían verse. La oscuridad era ya total.

Y los crujidos de los mamparos aumentaban, se hacían más fuertes por momentos.

—¡No quiero morir! ¡No quiero! —aulló Jack Bronson, desesperadamente.

—¡Cállate, Jack! —chilló estentóreamente el millonario.

—¡Moriremos como ratas!

Guiado por la voz del capitán, Don Coleman se movió hacia él. Le agarró de las ropas y buscó su cuello.

—¡Cállese y rece! ¡Este es el fin! ¡Ya no hay remedio!

Como loco, Bronson intentó empujar a Don, apartándole de él. Pero el joven, aferrado a su cuello, le golpeó con la frente, aturdiéndole y derribándole. Luego le propinó una patada en el mentón. Y Bronson cayó de espaldas, quedando rígido en el suelo,

—Señor Kreis —musitó, entonces, Don.

—¿Qué, muchacho?

—Lo siento profundamente. Vamos a morir y nadie puede salvarnos.

—No hables, por favor —gimió el hombre, con voz desmayada—. Todo va a terminar de un momento a otro. Lamento haberte traído a este viaje estúpido.

—Fue mi gusto, señor Kreis. No me arrepiento. Quiero decirle algo. Ahora ya no hay diferencia entre usted y yo. La muerte nos iguala.

—Sí, Don. ¡Vamos a ser cadáveres! ¡Lo veo venir y me parece imposible!

—Quiero decirle que amo a Pier, que ya no nos separan los millones de usted, que la he querido con toda mi alma, sin que ella lo supiera y que mi mayor dolor es entregar mi alma a Dios sin habérselo dicho.

Se oyó un fuerte ruido, como si el casco hundido hubiese

tropezado con un obstáculo sólido, seguido de un fuerte crujido en los mamparos;

¡También se escuchó el silbido siniestro del agua al penetrar por una rendija!

—¡Se ha abierto una brecha! —exclamó el millonario.

—Era de esperar —dijo Don, acercándose hacia donde yacía Pier sin sentido e inclinándose sobre ella—. Ahora nadie puede impedirme que bese sus labios. ¡Pier, vida mía! ¡Iremos juntos hacia la eternidad!

Sin escucharle, el otro había inclinado la cabeza y estaba llorando, arrodillado, con el rostro entre las manos.

Se hizo un angustioso silencio, tan denso y profundo como sólo podía existir en una tumba. Hasta el agua había dejado de silbar, en la grieta, como si la misma intensa presión exterior hubiese cerrando la hendidura.

Aquello era un sepulcro en el fondo del mar, donde estaban sepultados cuatro seres aún con vida.

—No descendemos ya —musitó Don—. Estamos inmóviles. Hemos debido de llegar al fondo.

—¡Me ahogo! —gimió Arthur Kreis—. ¡Me falta la respiración! ¡Vamos a morir asfixiados!

Don sentía también cierta molestia, en el pecho, como si el aire viciado ya, del interior de la cámara, estuviese afectando a sus pulmones. Y fue a responder, cuando en sus brazos se agitó Pier, gimiendo.

—Papá… ¿Dónde estás? ¿Por qué está tan oscuro?

—¡Estamos en el fondo del mar, hija mía! —gritó el hombre, desesperadamente.

—No… ¿No puede ser? ¡Es demasiado horrible para ser cierto!

—Sosiégate, Pier —musitó Don—. El yate se ha hundido. Pero todavía tenemos vida… Aún puede haber esperanza… ¡Debe haber algún modo de salir de aquí, antes de que sea demasiado tarde!

—¿Cuál? —preguntó Arthur Kreis.

—¿Qué luz es ésa? —preguntó Pier, de pronto, mirando hacia uno de los portillos, donde aparecía ahora, cada vez con mayor intensidad, una extraña coloración brillante.

—¡Luz! —exclamó Arthur, acercándose al portillo cerrado.

Don también se arrodilló ante otro portillo. Pero levantó la

cabeza hacia el techo, donde la iluminación era más fuerte. Y creyó ver cómo una sombra se deslizaba en el agua, en medio de aquella claridad extraña.

—¿Qué es eso? —preguntó Pier Kreis—. ¿Dónde estamos?

Don había vislumbrado un lecho rocoso, cubierto de musgo y liquen submarino, en donde el casco del yate parecía estar incrustado, apoyándose en la quilla y la arboladura.

Pero la luz estaba allí, como flotando sobre ellos ¡Y bajo su radiación, Don pudo ver perfectamente el contorno del lecho marino!

—Pueden ser escafandristas que hayan acudido en nuestra ayuda... Quizás algún submarino de la Armada —insinuó Arthur.

De pronto, Pier emitió un grito aterrador, señalando hacia uno de los portillos. Los otros levantaron la cabeza... Y pudieron ver un rostro cubierto de escamas, verdoso, provisto de dos ojos acuosos y blancos, que parecía estar mirándole.

Parecía el rostro de un ser humano, pero tenía aberturas branquiales en ambos lados del cuello y de él surgían burbujas.

CAPÍTULO II

Don Coleman estaba seguro de haber visto un monstruo marino, inclasificado, y con esta fuerte impresión se sintió dominado por una sensación que no podía calificar nada más que de angustia mortal.

Un ahogo intenso le dominó. Los párpados le pesaban como si fuesen de plomo y un insólito cansancio se apoderó de todas las fibras de su cuerpo. Aquello sólo podía significar la muerte.

Quiso decir algo a Pier, pero no pudo.

Y vio desplomarse a la joven pesadamente, cayendo junto a su padre.

Él también terminó por quedar inmóvil, como muerto...

Y entonces sucedió algo increíble. Uno de los mamparos de la cabina empezó a ponerse rojo, como si en la parte exterior hubiesen aplicado un fuerte soplete. Y debió de ser así, porque el hierro se fundió en mil partículas brillantes, quedando un recuadro de medio metro, donde antes había el muro de la cabina.

¡Y el agua del océano *no* se precipitó por el agujero!

Como si una cámara de aire impidiera el acceso del líquido elemento, la cabina abierta al exterior a través de aquel rectángulo fundido. Y por él penetró una figura extraña, impresionante, horripilante.

Un Ser verdoso, cubierto de escamas, provisto de cortos miembros, parecidos a piernas y brazos y cuerpo abultado, que se movió torpemente en el interior de la cámara del «Diane».

Aquel sujeto examinó a las cuatro personas tendidas en el piso de la cámara y, luego, se volvió hacia el agujero por el cual había penetrado, donde ahora asomaba la cabeza de un semejante suyo.

Debieron de comunicarse de algún modo, aunque sus bocas no se abrieron. Luego, el primero se inclinó sobre Pier Kreis y la levantó, sin mucho esfuerzo, utilizando sus manos, que venían a ser algo parecido al aletas natatorias muy flexibles.

El cuerpo insensible de Pier salió por el rectángulo y penetró en una especie de caja transparente, de tres metros de cuadro, que se había acoplado junto al costado del yate hundido, ajustándose herméticamente por medio de una junta flexible.

El hombre—pez repitió la operación con Arthur Kreis, sacándole por el recuadro y entregándolo a su compañero. Padre e hija quedaron en el piso de aquella jaula trasparente.

Algo así como un foco luminoso, procedente de un lugar situado sobre las rocas marinas, iluminaba la escena.

Después, fue sacado Don Coleman y dejado junto a los Kreis. Por último, Se sacó a Jack Bronson. Entonces, ocurrió un hecho singular, como si la caja transparente poseyera vida propia: la parte sujeta al costado del yate empezó a cerrarse, resbalando por el costado de la embarcación, hasta quedar formando un embudo cuadrado, del mismo tamaño que el agujero hecho en el «Diane».

La campana transparente tenía ahora un cuello a modo de pasadizo, donde se situó el individuo que había sacado a los cuatro navegantes insensibles.

Y aquel cuello trasparente empezó a cerrarse, como si una gran mano invisible lo oprimiera, dejando enclaustrados en el interior de la caja a los cuatro náufragos y a sus dos extraños y repelentes compañeros.

En cuanto la caja rectangular quedó cerrada, se desprendió del

costado del yate y el agua penetró en la cámara vacía.

Luego, como una burbuja de aire cuadrada, aquel objeto transparente se movió sobre las rocas iluminadas por la fosforescencia roja, alejándose de donde yacía el «Diane». La luz empezó a oscurecerse rápidamente, volviendo la oscuridad al fondo del mar.

* * *

Pier Kreis fue la primera en abrir los ojos, viéndose tendida en un piso blando, como de espuma, ¡y dentro de una especie de celda transparente, rodeada de agua!

A su lado, tendido boca arriba, yacía su padre. Y algo más allá estaban Don y Bronson.

Pero no era esto sólo. Separada de la campana rectangular y transparente en que se encontraban, vio otras cámaras... ¡Y en su interior habían seres humanos!

Vío también hombres y mujeres que les estaban mirando.

Contó hasta ocho de aquellos espacios de cristal, en medio de un mundo acuático, y vio a seis individuos encerrados allí. Dos mujeres jóvenes estaban juntas. Eran bonitas y vestían ropas muy deterioradas.

También, en otra campana de aire había un hombre, muy barbudo, con ropas de oficial de la Armada americana. Precisamente, aquel sujeto se encontraba más próximo a la campana en donde estaba Pier y sus compañeros. Y le hacía vigorosas señas interrogativas.

Vio también Pier que estaban en algo así como una gran caverna submarina, invadida de extraños peces, los cuales no parecían tener interés por los individuos encerrados en las cajas transparentes, en cuyos techos había unas ranuras y encima un aparato oscuro, del que salían unos tubos que iba a perderse en la altura, hacía el techo de la inmensa gruta.

Pier se puso en pie. Notó que el piso era blando, esponjoso, y que estaba seco. También vio, en un extremo, un agujero y una especie de escalerilla que se perdía en el agujero.

Los otros ocupantes de las campanas contiguas les seguían mirando, haciéndole señas y moviendo los labios, como si quisieran

hablarle o estuviesen diciéndole algo que ella, naturalmente, no podía oír.

Pier descubrió que dentro de aquella campana, podía respirar normalmente. Se tentó, para comprobar que estaba viva, tocándose el rostro ya el cuerpo, y luego, encogiéndose de hombros ante los gestos que le hacían los otros ocupantes de las campanas contiguas, se inclinó sobre su padre.

Le zarandeó hasta que el hombre emitió un quejido ahogado y parpadeó.

—¡Pier, hija mía!

—Papá, fíjate dónde estamos! —exclamó ella.

El millonario movió la cabeza a derecha a izquierda, como si la vista del techo de la cámara transparente en donde se encontraban no fuese suficiente clara, y una exclamación se escapó de sus labios.

—¿Qué...? ¿Dónde estamos?

Tentó el blando suelo, a su alrededor, hundiendo las manos en aquello que parecía espuma suave. Había apoyo suficiente, empero, y se levantó, poniéndose de rodillas.

—¡Estamos muertos! —exclamó, con acento de infinita angustia.

—No, papá. Tenemos nuestros cuerpos... Somos nosotros... Estamos vivos, pero...

—¿Qué lugar es éste?

—No lo sé. Sin duda, estamos rodeados de agua por todas partes, Nos han sacado del yate y nos han traído aquí.

—¿Por qué? —preguntó Arthur Kreis—. ¿Y quiénes son esos seres que nos miran?

—No lo sé. No sé nada, papá. Pero ese oficial barbudo parece querer decirnos algo.

Efectivamente, en la campana contigua, el oficial de la armada estaba haciéndoles señas, llevándose el índice de la mano derecha a los labios, los cuales movía con lentitud, como deletreando las sílabas. También se señalaba a sí mismo e indicaba a ellos y a los otros que estaban encerrados en las otras cámaras transparentes.

—¡Diablos! —masculló Arthur Kreis—. Me parece estar loco. Esa gente ahí... Este lugar... ¡Parece un acuarium para seres humanos!

En el suelo, Don Coleman se movió. El millonario se arrodilló a su lado, mientras Pier intentaba seguir los movimientos de los labios que le hacía el oficial de la armada. Vio también, en otra

campana, a un oriental, vestido con un suéter negro, de cuello alto.

Y en otra campana, que había supuesto vacía, salió otro sujeto, en mangas de camisa. Y salió del agujero, semejante al que ellos tenían en un ángulo, para acercarse al muro de cristal y quedarse mirando a sus nuevos camaradas de cautiverio.

—Me lla—mo Di—llon —parecía estar diciendo con los labios, remarcando perfectamente los movimientos de la boca, el oficial de la armada—, Faff Di—llon.

Al decir esto, se señalaba a sí mismo.

Pier estuvo segura de haberle comprendido y repitió el nombre. El otro sonrió y asintió.

Don Coleman, atendido por Arthur Kreis, terminó por incorporarse, quedando sentado sobre aquel piso singular. También su estupor era enorme. Y lo primero que dijo fue:

—¡Aquellos monstruos marinos!

Sólo faltaba Bronson para recobrar el sentido. Y no tardó en hacerlo, mientras Arthur Kreis, curioso, se acercaba al agujero del extremo y se asomaba, mirando en su interior.

—¡Eh, Pier, mira esto!

La joven se acercó, inclinándose sobre la escalerilla. Abajo había una salita, con estantes, y en ellos había cajas amarillas. Muchas y todas eran iguales. También había una puerta cerrada y un lavabo, con grifo.

Arthur Kreis descendió la escalera.

— Ten Cuidado, papá.

En cuanto se puso en pie, Jack Bronson aporreó los muros de cristal con sus fuertes puños, sin conseguir más que dañarse.

—¿Qué diablos es esto? —bramaba—. ¿Dónde estamos? ¡Esto no es el infierno! .

—Mucho me temo que estamos en el fondo del mar, Bronson —dijo Don—, El yate se hundió... ¡Y algo, a lo que no me atrevo a llamar alguien, nos trajo aquí! ¡Estamos como ésos!

—¿Y qué hacen ahí esas personas? —preguntó Bronson, señalando al oficial barbudo.

—Mirarnos. Somos su atracción, a lo que parece.

—¡Por todos los rayos del universo! ¡Esto es increíble!

La luz que inundaba la inmensa caverna submarina procedía de unos focos situados en el techo, a más de cincuenta metros de

altura, e iluminaban perfectamente todo el ámbito, que era grandioso.

Podían verse infinidad de peces de todas clases, desde curiosas medusas, de la clase «pelagoturia», especies de culebras de las llamadas «gigantura», y otros componentes de la fauna marina, como peces «cola de rata», «pez acorazado», «sapos» y «gonostomias».

También había vegetación submarina, en forma de curiosas madréporas oscuras, unas plantas verdes y filamentosas, espangiarios, estrellas de mar e infinidad de pequeños animalitos, parecidos a langostas, que estaban en continuo movimiento, atacando a sus compañeros.

Dentro de aquella gruta, la fauna y la flora, era un espectáculo impresionante. Y los seres encerrados en las campanas de aire se sentían como peces en un acuario, a los que venían a visitar los moradores de un mundo desconocido.

—No entiendo lo ocurrido —comentó Don, situándose junto a Pier—. Creí que el yate iba a ser nuestra tumba. Pero algo ocurrió. Y todo empezó con aquella extraña luz.

—¡Y aquella horrible cabeza que vimos por el porti1lo! —exclamó Pier, estremeciéndose al recordarlo.

El oficial de la armada estaba haciendo señas continuamente. Era evidente que pretendía hablar con ellos.

—Me ha parecido comprender que se llama Raff Dillon —dijo Pier.

—El único modo de entenderse con ellos es por señas. Voy a intentar hablarle yo.

Don se situó donde el oficial pudiera verle bien y inició una serie de gestos. El otro le rechazó con ambas manos, para mover acentuadamente los labios.

—Si—gan los mo—vi—mi—en—tos de mis la—bios... Fí—jen—se bi—en, Han de a—cos—tum—brar—se.

Entre Pier y Don lograron entender al otro. Bronson, cuyo ataque de furor se había disipado ya, ante la inutilidad de sus protestas que nadie escuchaba, se acercó a los jóvenes.

Arthur Kreis también salió del departamento inferior, con uno de los envases amarillo en la mano, el cual había abierto.

—¡Es pasta de carne de pescado! —exclamó, radiante —. Y está

bueno. Han debido de dejarlo para que nos alimentemos.

—Pero ¿quién nos ha traído aquí? —quiso saber Bronson—. Yo no he venido nadando.

—Abajo hay un servicio de agua corriente. La he probado y es dulce —aiguió diciendo el millonario—. Este parece ser el único alimento que tenemos. ¿Podéis explicarme lo que significa esto?

La única explicación podía venir sólo de afuera. Y por eso dedicaron Don y Pier todo su esfuerzo con Raff Dillon, quien sonreía tristemente cuando sus jóvenes y nuevos compañeros de infortunio negaban con la cabeza, sin haber comprendido alguna de las palabras que pretendía decirles.

Desde las otras campanas de aire, los demás sujetos de aquella extraña colonia se hallaban entre sí siguiendo el movimiento de los labios, acompañándose de gestos expresivos. Era evidente que había desarrollado un procedimiento mínimo para conversar, y todos parecían dominarlo a la perfección.

Pier Kreis fue la primera en adaptarse al sistema y la que entendió con más facilidad y prontitud, lo que satisfizo al teniente Dillon, quien sonreía cada vez y que Pier acertaba el significado de lo que el quería decirle.

—Osaki Oikimo fue el primero en venir aquí —dijo Dillon, señalando a donde se encontraba el japonés—. Lleva más de veinte años encerrado en este lugar.

Traducido por Pier el significado de los movimientos de boca del teniente Dillon, los nuevos huéspedes de las profundidades no pudieron contener una exclamación de asombro.

—¡Veinte años! —exclamó Arthur Kreis, atónito.

—Yo ,era oficial de un submarino —siguió diciendo Raff Dillon —. Hubo una explosión a bordo y nos hundimos. Quedé encerrado en un compartimiento. Debí de perder el sentido, por falta de aire. Y, cuando me recobré, estaba aquí metido.

—¿Quién le trajo? ¿Quién ha hecho todo esto?

—Los «crontos» —contestó Dillon, remarcando perfectamente el movimiento de sus labios.

—¿Quiénes son? —inquirió Pier.

—Seres procedentes de un planeta líquido, situado en algún punto de la Galaxia. Muy inteligentes, aunque no lo parezca. Su ambiente es el agua, pero, conteniendo el funcionamiento de sus

branquias, puede resistir fuera del agua hasta veinticuatro horas. Poseen una vitalidad extraordinaria y unos conocimientos nada comunes.

—¿Es posible? —se asombró Pier—. ¿Y cómo han llegado hasta La Tierra?

—Tienen una nave espacial de gran tamaño, en algún lugar próximo a esta gruta —siguió diciendo Dillon.

—¿Ha hablado con ellos?

—Nos entendemos por señas. Ya los verá cuando regresen. «Eek» y «Wee» han sido los que han traído a ustedes, dejándoles ahí. Tienen preparadas estas campanas de aire para socorrer a los humanos que lleguen.

—Entonces, ¿es cierto que vivimos? ¿No estamos muertos? —preguntó Jack Bronson.

—No —le dijo Pier—; pero no sé lo que habría sido mejor.

—¿No podemos salir jamás de aquí? —preguntó Don, moviendo lentamente los labios, hacia Dillon.

—Estamos a más de mil metros de profundidad. Si rompiéramos el acero transparente de estas jaulas, moriríamos en el acto, reventados por la tremenda presión del agua. Aquí, después de todo, no nos falta nada para vivir. Pero no estaremos mucho tiempo aquí. «Leok» vino a vernos hace algún tiempo y nos dijo que debíamos ayudarles. Quieren examinar nuestro sistema respiratorio para crearse pulmones artificiales a fin de poder salir del ambiente en que han vivido siempre.

»Eso les preocupa muchísimo. Saben que su raza ha de evolucionar, O les ocurrirá, alguna vez, lo que les ha ocurrido ya en su planeta. El agua es más peligrosa que la atmósfera. En ella, corren el riesgo de quedar aprisionados por el hielo, como parece que les sucedió una vez; o bien quedarse a la intemperie por evaporación súbita, al aumentar la temperatura de su medio ambiente.

—¡Parece mentira! —exclamó Pier, atónita.

—Si los «crontos» logran conseguir pulmones artificiales, saldrán a la superficie y nos llevarán a nosotros también —siguió diciendo Dillon—. Y quiera Dios que eso no ocurra, ¡porque son capaces de aniquilar a la humanidad!

—¿Nos odian? —preguntó Pier.

—No es eso, precisamente. Saben que son superiores. Intentarían someternos a ellos, simplemente. Conocen nuestras limitaciones técnicas y son seres que no toleran a los demás, a menos que sean sus esclavos o inferiores.

—¿No hay modo de huir?

—Si no lo tienen ustedes, nosotros no sabemos ninguno. Por favor, ¿en qué fecha están?

Pier le dijo el día y el año. Dillon sonrió, diciendo:

—La señorita Eddie Rosery no se equivoca. Lleva aquí tres años y medio jamás pierde la noción del tiempo. Es aquella mujer del pantalón negro que está allí, Con su hermana Myrne. Realizaban un viaje en solitario hacia las islas del Pacífico, cuando las sorprendió un temporal. Estuvieron a punto de morir, pero «Leok» las reanimó, en una campana de aire, y las trajo aquí. Como todos nosotros, somos oficialmente muertos en vida.

Pier explicó lo que les había ocurrido a ellos, y Dillon le escuchó con atención. Luego, se dirigió a un hombre solitario, que había en otra campana y que no podía ver directamente a los recién llegados, y le contó todo lo que había averiguado.

—Pues sí que estamos arreglados —exclamó Jack Bronson—. Hubiese sido mejor perecer en el «Diane».

—No seas necio, Bronson —le respondió Arthur Kreis—. Mientras hay vida hay esperanza. Y, mientras yo tenga vida, tendré esperanza.

Fue Don quien, de pronto, descubrió las tres cruCes de hierro, al fondo de la gruta. Estaban clavadas en el suelo y los peces se movían en derredor de ellas con pereza.

Dillon les habría de decir después:

—Le pedimos a «Leok» que las pusiera allí y nos complació. Pertenecen a las tumbas de tres compañeros. Un marinero ruso que se dejó caer de cabeza en la «sentina», como llamamos al departamento inferior, donde están el alimento y el agua. Otro fue un hombre llamado Jurgen, piloto civil, que cayó al mar con su aparato, quedando sin conocimiento. Debía de padecer alguna dolencia grave, porque murió a las pocas semanas de llegar.

»El tercero fue Igor Notwikny, que se lanzó por la borda de un buque por razones que nunca hemos sabido. Murió de un ataque cardiaco.

Don Coleman fue el primero en comer una porción de la pasta blanca que contenían los envases amarillos. Descendió con Arthur Kreis a la «sentina» y examinó el lugar. Había un departamento para servicio de higiene, instalado todo sólidamente, con aquel material parecido al vidrio. El grifo del agua era también transparente, y el agua era dulce y agradable.

La pasta tenía sabor a caviar y era muy nutritiva y vitamínica. Pronto se habituaron a comerla y la encontraron agradable y digestiva,

—De todos modos —observó Don—, no podemos quejarnos. Nuestra muerte era segura. El yate se hundió y nosotros con él. Se han hundido muchos buques en toda la superficie del globo y han muerto millones de seres. Nosotros hemos tenido más suerte.

—¡Pues no veo yo la suerte! —exclamó obstinadamente Bronson —. Casi hubiese sido mejor…

—¡Mirad! —exclamó Pier en aquel instante, señalando hacia un extremo de la gruta submarina.

Se volvieron todos y pudieron ver varios hombres—peces que se aproximaban, nadando vigorosamente con sus extraños miembros—aletas. Eran de la misma especie que habían podido ver antes a través del portillo del yate.

Eran seres totalmente insólitos, aunque se adivinaba perfectamente que no eran peces, exactamente. Y, en cierto modo, poseían cierto parecido con seres antropoides, a juzgar por la cabeza, los ojos y el cuerpo escamoso.

Y venían, en columna, directamente hacia donde estaban ellos.

CAPITULO III

El grupo se componía de diez «crontos». Todos eran comparativamente iguales, aunque, fijándose mejor, se notaba cierta diferencia en sus rasgos escamosos.

Se detuvieron ante la campana en donde estaban encerrados los rescatados del yate «Diane», y el que parecía ser el jefe, movió las aletas de sus brazos, para volverse luego hacia la campana en donde estaba Raff Dillon.

Don Coleman se volvió a sus compañeros de encierro, los cuales

estaban atónitos aún, ante la presencia de aquellos habitantes de las profundidades.

—Parecen que quieren decirnos algo.

Pier Kreis se volvió a mirar a Dillon y le vio haciendo muecas con los labios. Deletreó las sílabas, musitando:

—«Leok» ha venido a conocerles. Fíjense en los movimientos de sus aletas y en las sacudidas que da a su cabeza. Es una forma de diálogo que hemos establecido con ellos. El primero en aprenderlo fue Osaki. El nos enseñó su significado.

Efectivamente, el jefe de los «crontos» hacía unos gestos muy especiales. Y era Raff Dillon quien los interpretaba acertadamente, comunicando a los otros su significado.

—Dice «Leok» que el yate de ustedes se hundió cerca de la hondonada, donde tiene su nave sumergida y que deben estarles agradecidos por haberles salvado la vida.

Pier y Don iban comprendiendo los movimientos de los labios del teniente de navío americano. De vez en cuando, miraban a «Leok» y comparaban los movimientos que hacía con las sílabas pronunciadas por Dillon, estableciendo así una correlación.

—Dice «Leok» que no puede dejarles volver a la superficie —siguió diciendo Dillon—. Ellos no pueden vivir más que en el agua y, si revelamos a nuestros semejantes su presencia aquí, podría correr peligro…

»Se refiere a que nuestro gobierno podría enviar contra ellos proyectiles atómicos.

—¿También conocen nuestro poder? —pregunto Arthur Kreis.

—Están bien informados. Poseen aparatos de comunicación, construidos por ellos mismos, y pueden observar lo que ocurre en nuestras ciudades.

—¿Cómo puede construir máquinas, si carecen de manos?

Dillon se echó a reír.

—Utilizan las aletas mejor que nosotros las manos. ¡Ah, «Leok» dice algo importante ahora! —Durante unos minutos, Dillon estuvo pendiente de los movimientos que hacía el jefe del grupo de hombres peces—. ¡Quiere sacar a uno de ustedes para efectuar una prueba importante! En su yate, ha encontrado un equipo de inmersión y pregunta a quién pertenece.

—A mí —respondió Don.

—Debe usted ir con ellos —continuó diciendo Dillon, excitadamente—. Esto es insólito. Jamás han sacado a nadie de aquí.

En aquel momento, Raff Dillon dejó de silabear para enfrascarse en una serie rápida de movimientos, dirigidos a «Leok», el cual abandonó el lugar donde se encontraba para acercarse a la campana del oficial de marina. Debió de entablarse un vivo diálogo entre ambos, dada la expresividad del cautivo.

En las otras campanas, los demás prisioneros prestaban la máxima atención a la discusión entre «Leok» y Dillon. Los únicos que no se enteraban de nada eran Don y sus compañeros.

Los restantes hombres—peces permanecían inmóviles, flotando ante la campana de aire.

Al fin, «Leok» dejó a Dillon y regresó con sus congéneres, a los que seguramente dio una orden, porque cuatro de ellos se alejaron acto seguido.

A su vez, Dillon, sombrío, decía, por medio de los labios:

—Lo siento, amigos. No he podido convencerle, «Leok» quiere realizar una prueba peligrosa. Dice que poseen una válvula especial que, acoplada al equipo de inmersión encontrado en el yate de ustedes, puede facilitar la estabilidad suficiente a uno de nosotros para contrarrestar la presión exterior.

—¿A qué profundidad nos encontramos? —preguntó Don.

—A mil metros. Ningún ser humano resistiría esa presión tan fuerte.

—¡Naturalmente que no! —exclamó Pier.

—Pero «Leok» dice que no puede pasar nada y que el individuo que sepa llevar la escafandra, se encontrará como a diez metros de la superficie.

—¡No seré yo quién me ponga el equipo! —se defendió Don.

—«Leok» insiste en que ha arreglado la válvula, compensando las presiones.

—¡Me niego a realizar la prueba!

—Han ido a buscar una campana auxiliar, que aplicarán en el techo de ese depósito, y le obligarán a salir. Poseen medios para conseguirlo. Uno de ellos es inutilizar ciertos centros nerviosos, por medio de ondas magnéticas. También poseen gases que enrarecen el aire, así como líquidos, que disuelven en el agua, para protegerse de

los grandes monstruos marinos.

»No puede lucharse contra ellos. Es inútil.

—¡DígaIe usted que no colaboraré en absoluto! —gritó Don.

Jack Bronson agarró a Don del brazo y le dijo:

—Si dicen que puede tener éxito la prueba, ¿por qué no intentarlo, muchacho? Podría ser la salvación de todos.

Don se revolvió contra el viejo lobo de mar.

—¿Por qué no lo prueba usted, Bronson?

—¿Y por qué no? ¿Crees que me gusta la idea de permanecer el resto de mis días aquí encerrado?

—¡Pues hágalo! —rezongó Don.

—Calma, calma —medió Arthur Kreis, conciliador—. Es una discusión sin objeto. En primer lugar, parece que esos peces pensantes quieren que sea Don el que haga la prueba. Y si él se niega a realizarla, está en su derecho. Nosotros acabamos de llegar del mundo exterior, y ahí veo seres que…

—Dilion está diciendo ahora que «Leok» ha pensado en todo. Dice que ellos han permanecido mucho tiempo ahí encerrados y están débiles y aturdidos, y que se necesita un hombre fuerte y joven, como Don.

—Yo soy fuerte —dijo Arthur Kreis, sin querer demostrar sus intenciones—. Y no hay necesidad de discutir. Confieso que ya he pasado una vez por la experiencia de la muerte y no la temo.

Tanto su hija como Don y Bronson miraron al millonario con fijeza, sin dar crédito a lo que oían.

—¿Tú, papá?

—¿Y por qué no? ¿No es lógico que los padres ayuden a sus hijos?

Don creyó adivinar el móvil que inducía a su jefe.,

—Está bien —declaró—. No quiero aparecer como un cobarde. Si me han designado a mí, lo haré.

—¡No! —gritó Pier, como si aquella claudicación fuese peor que permitir la muerte de su padre—. ¡No debemos ir ninguno! ¡Nos negamos a colaborar con ellos! ¡Ni siquiera les estamos agradecidos por habernos salvado la vida!

»Íbamos a morir, sin duda. Pero nuestra muerte se ha convertido en un horrible cautiverio. Si esos seres repulsivos desean ayudarnos, sólo tienen un medio para demostrarlo, y es facilitarnos los medios

para regresar a la superficie. De lo contrario, son enemigos.

—Me parece que no sabes exactamente cuál es la situación, hija mía, No nos tienen aquí, precisamente, con fines altruistas. Somos como conejos de indias. Y si nos sacaron del «Diane» para traernos a este lugar, me temo que son capaces de hacer cosas peores.

—No lograrán nada con resistirse —les comunicó Dillon—. Si «Leok» tiene un propósito, lo realiza.

—¿Y no podemos rebelarnos?

—Nos eliminarían.

—¿Y usted qué prefiere, Dillon, morir por su libertad o permanecer encerrado?

—Si tuviese la posibilidad de luchar, ya lo habría hecho —contestó el oficial de la armada, con cierta expresión de tristeza—. Aquí no tenemos otra solución que la de armamos de paciencia y esperar un milagro. Esto es peor que una cárcel, porque nuestra única seguridad está aquí dentro.

* * *

Regresaron con una caja cuadrada y transparente que situaron sobre el techo de la campana donde estaban encerrados los tripulantes del yate «Diane». Dentro de la caja había un recuadro inferior, también de aquel material transparente, sobre el que descansaba un aparato de curiosas características, y que no podía ser comparado con nada conocido.

También estaba el equipo de inmersión de Don, su traje de goma roja, las botellas de oxígeno y las aletas natatorias. Don pudo ver perfectamente la nueva válvula que habían colocado al extremo de las botellas, y que tenía una forma parecida a una media luna, de donde partían las gomas de la boquilla del aire.

Dos de los hombres peces se situaron sobre el techo de la campana en donde estaban encerrados. Por medio de un objeto oscuro, desde el exterior, hicieron funcionar el aparato albergado dentro de la caja, y el rectángulo del suelo se descubrió, ¡llevándose consigo otro fragmento igual de techo!

Sobrecogidos por aquellas sorprendentes maniobras, los cuatro cautivos vieron descender una especie de barra, provista de salientes a ambos lados, en forma de peldaños.

Fuera, ante el muro de vidrio, «Leok» hizo señas a Don. Tales gestos, casi cómicos, sólo podían significar una cosa: Don tenía que subir por la barra y penetrar en la caja donde estaba su equipo de inmersión.

Los demás miraron a Don en silencio. El rostro de Bronson era inexpresivo; el de Kreis reflejaba ansiedad. Pero en Pier había miedo, casi pánico. Y cuando Don dio un paso, para acercarse a la barra, la joven se lanzó hacía él, reteniéndole.

—Espera, Don.

Él se detuvo, sonriendo.

—¿Qué deseas, Pier?

—Deseo decirte algo, Don. Pase lo que pase, mis pensamientos van contigo. No has dicho nunca nada, pero he presentido que tú y yo... Bueno, Don. No sé cómo decírtelo. Allá arriba, tú eras el secretario de mi padre y yo una rica heredera.

»No es que me importe, pero me consta que ello significaba mucho para ti. Ahora, sin embargo, todo es distinto. Aquí somos iguales y puede que no regresemos jamás a la vida. Por ello... ¡Te quiero, Don! ¡Eso es lo que deseaba decirte!

El se había quedado muy serio, escuchándola. No pudo articular palabras. Fue Arthur quien se acercó a la pareja y los tomó a ambos de la mano.

—Tú quieres a Pier, Don. Me lo dijiste mientras estaba inconsciente. Y no me importa que así sea. Me siento orgulloso de ello. Mi dinero no ha de ser un obstáculo entre vosotros, aunque saliéramos de aquí.

—Gracias, señor Kreis. No se preocupe por mí. Presiento que todo irá bien, Ahora, perdone. Estoy muy emocionado. No sé qué decir, excepto que soy el más feliz de los hombres.

Arthur Kreis unió las manos de ambos jóvenes. Ellos se abrazaron, emocionados, besándose.

Luego, Don trepó rápidamente por la barra, agarrándose a los salientes en forma de peldaños, hasta penetrar en la caja situada sobre la campana.

Una vez allí dentro, la extraña máquina se puso en funcionamiento, accionada por el impulsor manejado por uno de los «crontos», y Don quedó encerrado en aquella jaula, que no tenía más de dos metros de altura por otros tantos de ancho y largo.

Al mirar hacia donde se hallaban Dillon y los otros cautivos, les vio a todos pendientes de sus movimientos. También observó que Raff Dillon movía los labios, diciéndole:

—«Leok» quiere que te pongas el traje y el equipo de inmersión. Luego te dejarán salir.

—Espero que este aparato resulte y me permita nadar libremente… ¡Si es así, puede que les de un susto a estos peces extraterrestres!

Dillon no tradujo, naturalmente, las palabras de Don, aunque «Leok», que nadaba ante la campana en donde se encontraba Dillon, le miró para captar alguna indicación suya.

Había gran tensión entre los cautivos. Incluso el japonés Osaki Oikimo, que antes había permanecido bastante indiferente, se apoyaba en el muro de su encierro, mirando con ojos muy abiertos, como si intuyera que de la prueba que Don iba a realizar pudiera salir su libertad.

Don, por su parte, se colocó el traje rojo de caucho, ante la blanca y fría mirada de los «crontos» que estaban en torno a él, como suspendidos en el agua. Luego se colocó las botellas de oxígeno a la espalda. Al tomar la boquilla notó perfectamente el cambio de presión y temió que su cuerpo reventase como un balón superinflado. No era nada tranquilizador pensar que iba a soportar una presión de aire en el interior de su organismo lo suficientemente fuerte como para contrarrestar la del agua a mil metros de profundidad.

Y, sin embargo, ya estaba funcionando la máquina que había dentro de la caja, la cual no era más que una cámara de descompresión invertida, de una concepción ultraextraña, porque había sido concebida y realizada por mentes distintas a las humanas.

Cuando Don estuvo equipado, los «crontos» se apartaron a prudente distancia, mientras que el encargado de maniobrar, desde el exterior, el mecanismo misterioso de la máquina, efectuaba una serie de extraños movimientos.

¡Y el techo de la caja se descorrió unos centímetros, permitiendo la entrada del agua en el tanque donde estaba Don!

No se produjo precipitación violenta. Era como si la presión interior se hubiese equilibrado por medios desconocidos. Y la

realidad fue que, sin molestia alguna, Don se encontró pronto rodeado de agua transparente por todas partes, y el techo de su compartimento se había descorrido lo suficiente para permitirle salir al exterior.

Dentro de las campanas de aire, los prisioneros lanzaron gritos de júbilo. Era la primera vez que uno de ellos podía salir libremente de su encierro y convertirse en nadador submarino, lo que venía a significar que la salvación era aún posible.

Una vez fuera de la cámara de descompresión, Don nadó hacia abajo, situándose frente adonde estaban sus compañeros, a los que saludó con las manos, con vivos gestos de alborozo.

Los «crontos» se le acercaron, rodeándole y examinándole de cerca. Don también los miró a ellos, e incluso tocó con la mano su cuerpo escamoso.

«Leok» se acercó y le hizo gestos incomprensibles, que no pudo entender. No obstante, se volvió hacia donde estaba Dillon, y de los labios de éste se enteró de lo que preguntaba el jefe «cronto».

—¿Quiere saber qué tal se siente usted?

Don agitó la cabeza e hizo unas cabriolas, patentizando así su optimismo, para luego detenerse y mirar de nuevo a Dillon, quien siguió diciendo, mientras interpretaba los gestos de «Leok»:

—Quieren que vaya con ellos al exterior de la gruta. No intente alejarse del que lleva el regulador negro. El irá inmediatamente detrás de usted, atento a sus reacciones. Si necesita más presión, debe usted levantar la mano derecha hacia arriba. Y si encuentra que tiene demasiada, bájela.

Don asintió.

—Ahora, sígales y no intente nada. Personalmente, creo que es mejor hacer lo que ellos dicen. Quizá salgamos todos beneficiados.

Don asintió con la cabeza y se volvió hacia donde «Leok» había terminado su extraña mímica y le estaba mirando con atención. El gesto que hizo, indicándole que le siguiera, era fácil de comprender.

Así, pues, Don siguió a «Leok», nadando con rapidez y elegancia. Al pasar frente a la campana en donde estaban sus compañeros, envió un beso con los dedos a Pier, la cual se lo devolvió con una amplia sonrisa, llena de esperanza.

* * *

La luz se oscurecía a la salida de la gruta. Don se fijó perfectamente en todos los detalles del lugar. Pero cuando salieron de la gruta y nadaron sobre unas enormes rocas cubiertas de líquenes marinos, apareció una extraña luz roja, ¡como suspendida en el agua. sobre sus cabezas!

Luego había de saber que los «crontos» lanzaban unas descargas eléctricas que aglomeraba partículas de sodio en disolución con el agua, y las accionaban hasta ponerlas en estado de incandescencia, proporcionándose así una luz intensa y portátil, que podía ser dirigida a voluntad y desde considerables distancias.

También supo que los compañeros de «Leok» situados en la nave espacial submarina seguían atentamente en pantallas de T.V. todos sus movimientos.

De pronto, a unos diez metros por debajo de donde pasaban en aquel momento, Don distinguió una forma blanca, incrustada entre las rocas oscuras. Y reconoció, con asombro, los restos maltrechos del yate «Diane». Instintivamente, se desvió de donde iba «Leok» para descender.

Casi en el acto, sintió como un fuerte choque en su pecho. Se volvió y vio, encima de él, al «cronto» que manejaba su regulador de presión. Agitó las manos desesperadamente y la angustia cesó.

También «Leok» se había dado cuenta de que algo sucedía, porque regresó, nadando sinuosamente, y se acercó a donde estaba Don. No podían hablarse, ni entenderse, pero Don señaló insistentemente hacia el yate.

«Leok» terminó por comprender y empezó a descender, permitiendo a Don que le siguiera.

Ya no volvió a repetirse el dolor de su pecho. Don lo atribuyó a que el «cronto» encargado de su vigilancia, al no tener orden de permitirle, cambiar de rumbo, intentó impedírselo.

Los «crontos» se situaron en torno al yate hundido, mientras que Don efectuaba un reconocimiento. La cámara tenía un agujero cuadrado en el costado y el agua había penetrado ahora en su interior. Vio también las cuadernas rotas, por la presión del agua, y se asombró de que la cámara hubiese resistido tanto.

Todo estaba tal como ellos lo habían dejado, horas antes.

Y visto desde el exterior, bajo la luz roja, el aspecto era

altamente deprimente. Don pensó:

«Esto hubiese podido ser nuestra tumba, de no haber sido por la asombrosa circunstancia de encontrarse aquí estos extraños seres. Creo que lo mejor será entenderse con ellos y buscar el modo de regresar a la superficie. No veo que puedan ser un peligro para nosotros.

Sin embargo, Don pronto habría de cambiar de opinión.

Al abandonar el yate hundido, los «crontos» le llevaron hacia un talud submarino, desde cuya cumbre pudo ver como un amplio valle, en el centro del cual se encontraba la nave espacial blanca de los hombres peces.

Y su forma y dimensiones dejaron atónito a Don.

Era enorme, circular, y parecía una espiral de gruesos tubos blancos, unidos entre sí por soportes de varios metros de diámetro. Le pareció imposible que aquel objeto hubiese llegado al fondo del Pacífico, procedente de otro planeta, dadas sus enormes dimensiones,

Calculó, teniendo en cuenta la refracción del agua, que el diámetro total de la espiral sería de unos quinientos metros. Luego, al acercarse más, vio que los tubos eran de diez o doce metros de altura. Dentro de la nave cabían perfectamente más de dos millares de «crontos», cuyo tamaño era similar al de un ser humano.

Descendieron por el talud hasta alcanzar el centro de la nave. Allí había unas compuertas, herméticas, que se levantaron al acercarse el grupo. El interior también estaba invadido por el agua, pero la luz era allí blanca y surgía de algo parecido a filamentos incandescentes sujetos a los techos.

Lo que Don Coleman vio en el interior de la espacionave «Cronta» le dejó aturdido y confuso. No podían darle ninguna explicación de cuanto veía, pero, sumergidos en el agua que lo ocupaba todo, vio máquinas singulares y extrañas, y hombres—peces que se movían en aquel ambiente, accionando resortes con sus aletas.

Así llegaron hasta una sala en donde «Leok» le mostró una campana de aire, vacía de agua, donde descansaba el cuerpo de un «cronto», al cual habían efectuado una operación pulmonar.

¡Y el «cronto» estaba respirando aire! ¡Estaba vivo e inmóvil!

Don se volvió a «Leok», sin comprender. Pero el gesto del jefe

«cronto» fue de que le siguiera.

CAPÍTULO IV

Para Don Coleman fue algo maravilloso el contemplar un programa de la NWCB, retransmitido desde San Francisco. Aunque la pantalla no era, propiamente dicho, como las que él estaba habituado a ver, la imagen llegaba con una nitidez impresionante.

«Leok» se la indicó al penetrar en una nave, inundada de agua, como todas las que habían visto. Y no se extraño al ver a seis «crontos», provistos de unos singulares aparatos, contemplando la retransmisión. Era evidente que estudiaban algo en la pantalla.

«Se enteran de nuestras costumbres» se dijo Don. «Les interesa saber cómo somos y lo que hacemos... ¡Inteligentes estos tipos, por lo que veo!»

No lograba apartar de su mente la visión del «cronto» que había contemplado, colocado en el interior de la campana de aire. Ello demostraba que intentaban adaptarse al ambiente exterior de la tierra. Pero Don no comprendía cómo podrían moverse en el exterior, tan distinto de su elemento natural.

El sentido común le decía que los «crontos» eran incapaces de moverse sobre las aletas de sus pies. Eran «peces», en el sentido literal de la palabra, no hombres. Para vivir en el suelo firme, dentro de una atmósfera gaseosa, no bastaba con poseer pulmones artificiales. Era preciso trasladarse.

Y, además, necesitaban alimentarse. ¿De qué vivían aquellos seres submarinos?

Todas sus máquinas y utensilios estaban creados para funcionar dentro del agua, como los hombres han construido las suyas para vivir en la atmósfera. El cambio, forzosamente, debía de ser brutal.

Sin embargo, el genio creador de los «crontos» parecía ser inmenso. Durante su visita a la nave sumergida, Don vio cosas increíbles. Presenció la eficacia indiscutible de la técnica de aquellos hombres, tanto en la factoría de alimentos, como en los talleres y en los laboratorios. Le mostraron un complejo alimenticio de «pasta» vitamínica, donde un solo «cronto», accionando una complicada máquina, sacaba los envases amarillos donde se

contenía el alimento destinado a los cautivos de la gruta.

También vio como se construían aparatos extraños, cuya utilidad no le pudo ser explicada.

Y, por último, vio una asamblea de «crontos», en una gran sala, donde los hombres—peces estaban tendidos en algo que parecían lechos adaptados a sus cuerpos. El no podía captar el sentido de sus gestos. Dedujo, no obstante, que allí se estaba dialogando, por medio de gestos, respecto a asuntos muy importantes para todos aquellos seres.

La presencia de Don allí fue acogida con interés por los «crontos», cuyo número ascendía al medio millar, aproximadamente. Le miraron, le llevaron hasta un lugar donde había una especie de pantalla transparente, a través de la cual pudieron examinarle

todos con mayor detenimiento, y hasta hubieron algunos que se le acercaron y le examinaron de cerca, llegando incluso a tocarle.

Al fin, «Leok» y su grupo indicaron a Don que les siguiera y salieron de aquel laberinto complicado que era la nave espacial, para regresar a la gruta donde estaban los prisioneros.

Don calculó que había estado fuera unas dos horas y supuso que el oxígeno de sus botellas debía de estar extinguiéndose. No sentía, empero, molestia alguna. Pero se sintió aliviado al regresar a donde estaban Pier, su padre y el Capitán Bronson.

Una vez allí, y tras haberse saludado a través de los cristales de la campana de aire, Don fue invitado a penetrar en la caja transparente, donde se produjo una operación invertida a la realizada para salir de allí.

Mientras esperaba que se desalojase el agua de la caja, Don pudo ver a Raff Dillon que le hacía señas y le hablaba con su habitual y seguro movimiento de labios.

—¿Dónde ha estado?

—Fui a ver la nave que tienen en un valle submarino, cerca de aquí —dijo Don, moviendo también espacialmente los labios.

—¿Le han informado de algo?

—No. Han querido mostrarme todo ello, para que yo les explique a ustedes las maravillas que he visto. Esa visita debe obedecer a un móvil.

«¡Ah, y he visto a un «cronto» que respiraba aire, como nosotros!

—Me lo dijo «Leok». Se proponen salir al exterior. Y no comprendo cómo lo conseguirán.

—Poseen una técnica muy avanzada. He visto sus máquinas, sus pantallas de televisión, sus asambleas. Está todo sumergido en agua y no se estropea nada, al parecer.

La caja en donde estaba Don terminó de vaciarse y le indicaron, desde afuera, que podía quitarse el equipo de inmersión, cosa que hizo él con naturalidad, despojándose luego del traje de bucear. Después, se abrió el rectángulo inferior y descendió la barra telescópica con los peldaños, por la que Don descendió hasta donde se encontraban Arthur Kreis, su hija y Jack Bronson.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Pier—. Hemos estado muy preocupados por ti.

—No había motivo de alarma. Sólo tuve un leve «shock» cuando vi el «Diane» y quise descender a examinarlo de cerca. Quisieron impedírmelo... ¡Ah, «Leok» está conferenciando con Dillon! Seguramente le explicará el objetivo de mi visita a su nave.

Con rápidas palabras, Don repitió todo lo que había visto en la nave de los «crontos». Sus compañeros le escucharon con interés reconcentrado.

—¡Es increíble! —exclamó Arthur Kreis, repetidas veces—. ¿Y has podido nadar con facilidad?

—Igual que si estuviese buceando a diez metros de la superficie. La válvula regula la presión es formidable.

—Eso significa que podemos salir de aquí, disponiendo de equipos de inmersión, ¿verdad? —preguntó Bronson.

—Lo dudo, capitán —respondió Don—. He tenido siempre detrás de mí a un hombre—pez regulando la presión de mi válvula. Si hubiese intentado ascender o descender, me lo habrían impedido.

—O sea que seguimos como hasta ahora.

—Tampoco lo creo. Esos seres preparan algo. Me lo indica el individuo que vi dentro de la campana de aire: le habían practicado alguna clase de operación pulmonar. Supongo que pronto vamos a saberlo. El jefe del grupo está hablando con Dillon.

Así era. El oficial de la Armada norteamericana escuchaba y observaba los gestos que le hacía el jefe de los hombres—peces, asintiendo regularmente, sin expresar en su rostro la más viva emoción.

Al fin, «Leok» terminó y, junto con sus hombres, se marchó, no sin haber examinado brevemente a Don Coleman.

Fue entonces cuando Dillon llamó la atención de los recién llegados a los que dijo, por medio de la pronunciación labial:

—«Leok» está satisfecho de la prueba realizada. Piensan construir escafandras de inmersión para todos nosotros y se proponen dejarnos salir al exterior. Pero no se hagan ilusiones. Seguiremos siendo prisioneros suyos.

«Piensan efectuar una prueba en un islote. Nosotros debemos atender a los tres «crontos» que vana enviar al exterior en período de aclimatación.

«Ya tienen elegido el lugar. Se trata de una isla del sur del Pacífico, lejos de las rutas comerciales marítimas, donde no podemos esperar ayuda de nadie.

«Vamos a dedicarnos al cuidado de los «crontos» que ellos vayan adaptando a la atmósfera. Seremos sus siervos y ayudantes. Si les ayudamos, nos dejarán vivir.

«Por el contrario, si intentamos evadirnos o atacarles, seremos destruidos inmediatamente, porque antes de sacamos de aquí, van a colocamos una aguja telemagnética en el cuerpo, con la cual podrán controlarnos siempre.

—¡Pero esos sujetos no se adaptarán al ambiente externo!

—Van a proveerse de equipos especiales que están construyendo. Algo así como trajes acondicionados y articulados, que les permita moverse con facilidad. Serán trajes mecánicos, con piernas artificiales. Ellos confían en que les será posible moverse libremente en nuestro ambiente.

« Pero hay más. Dice «Leok» que piensan adueñarse de nuestras industrias y cambiar el sistema de nuestros gobiernos. Se proponen realizar una invasión de La Tierra en toda regla, sin derramamientos de sangre.

«En sus planes está el someternos a todos de un modo pacífico, para ser ellos los que dirijan nuestro mundo. Dicen que su ciencia es más avanzada que la nuestra y que nosotros hemos de ser sus siervos.

—¡Pero si su número no alcanza el millar! —exclamó Don.

—El número no importa, ha dicho «Leok». Lo importante es la selección. Ellos se consideran mejor preparados que nosotros y

disponen de medios para dominarnos. No dudo de que lo consigan.

—¿Cómo van a gobernar mil hombres—peces a tres mil millones de seres? —preguntó Arthur Kreis—. Eso es imposible. Esos «crontos» no nos conocen bien.

—Más bien creo que nosotros no los conocemos a ellos —replicó Dillon, con desaliento—. Eso es lo que pretenden y lo realizarán, si alguien no lo impide.

—¡Nosotros lo impediremos! —barbotó Jack Bronson, con energía.

—Han contado con nuestra resistencia y por ese motivo han querido que Don Coleman visite su nave y compruebe personalmente de lo que son capaces. Estaban seguros de que él nos lo diría. Eso es un factor sicológico importante, que actuará de freno en nuestros actos.

«No les interesa quedarse sin nuestra ayuda. Hasta que no se hayan adaptado, nos necesitan por múltiples motivos, Y, si nos controlan estrechamente, no podremos rebelarnos.

—Parece que han pensado en todo —murmuró Kreis, como hablando consigo mismo—. Pero estoy seguro de que han olvidado algo importante.

Al levantar la cabeza, Kreis se fijó en la caja transpatente que había sobre la campana de aire en donde estaban encerrados. Los «crontos» habían dejado allí el equipo de inmersión de Don.

Sin vacilar, el millonario trepó por la barra escalonada y penetró en la caja auxiliar, tomando el equipo de buceo y examinándolo. Su decepción fue enorme al comprobar que desconocía el funcionamiento de la válvula.

—Desista —le dijo Don—. El aire está casi agotado. Además, esa válvula se regula a distancia, por medio de un aparato que manejan ellos.

* * *

Permanecieron allí encerrados más de una semana, sin ver aparecer a ningún «cronto». Durante aquel tiempo, trabaron relación con los otros cautivos, aprendiendo a entenderse perfectamente por medio del movimiento de los labios.

Raff Dillon les enseñó también a interpretar los gestos de los

«crontos», indicándoles actitudes y movimientos que significaban ideas de sus captores.

También les explicó lo que sabía de aquellos seres.

—Llegaron aquí hace más de veinte años. Me consta. que han estado observando nuestras costumbres, con ánimo de conocemos. Y, de no haber sido por ellos, todos nosotros habríamos muerto. Ellos lo saben.

«Construyeron estas jaulas e instalaron el sistema de ventilación de aire, cuyo funcionamiento desconozco. No he podido comprender nunca de dónde sacan el aire que necesitamos. Es fácil adivinar de donde obtienen el agua. Poseen algún procedimiento de desalación, muy perfeccionado. Por mucha agua que gastamos los grifos no cesan de manar.

»En cuanto al alimento, nos lo traen periódicamente, retirando los envases viejos. Existen aberturas en el techo, sobre las que colocan esa caja auxiliar de vacío. Desde el exterior, abren la compuerta y nos suministran.

»Osaki Oikimo lleva aquí desde que terminó la II Guerra Mundial y no se ha muerto. Eso les dará una idea de las calidades nutritivas de la pasta de pescado.

—¿De dónde vinieron? —quiso saber Pier.

—De un mundo líquido, situado a millones de kilómetros de distancia. No hemos podido establecer su situación exacta, Parece ser que son un grupo de disidentes o rebeldes. Vivían en ciudades submarinas y debieron tener sus problemas.

»Lo sorprendente de esos hombres es su longevidad. Parece ser que pueden vivir un gran número de años. Cuatro o cinco veces nuestra edad medía. También están sujetos a enfermedades y sé de alguno que ha muerto.

—¿Dónde les entierran?

—No lo hacen. Los destruyen con una máquina.

—¿Y sus nombres?

—Se los hemos puesto nosotros. El modo que tienen ellos de identificarse debe de ser mental. Jamás nos han dicho cómo se llaman, pero nosotros hemos aprendido a distinguirlos y les hemos puesto nombres, como a «Leok», que es el jefe al que todos obedecen. «Eek» y «Wee» han venido muchas veces. Por eso los conocemos. «Wee», por ejemplo, tiene una cicatriz en el pecho.

«Eek», en cambio, posee una coloración algo más verde.

»En realidad, no son exactamente iguales.

—¿Cómo nacen y se reproducen? —quiso saber Pier.

—Su origen es ovular. La madre segrega diez odoce óvulos, de los cuales viene a sacar tres o cuatro «crontos». Deben de tener reglas especiales para la procreación, porque no engendran con frecuencia. En una ocasión vinieron a vernos sus pequeños. Eran unos cincuenta. Dice Osaki que ha visto una docena de grupos de infantes, pero ha observado que antes de la llegada de los pequeños, han desaparecido otros tantos adultos.

»Parece ser que, cuando ha muerto un número determinado de ellos, se autoriza la gestación de otros, para que el número sea siempre constante.

—Quizá sea debido a que no disponen de espacio suficiente para mucho más —apuntó Don.

También pudieron hablar con las hermanas Rosery, aunque éstas se encontraban más distantes que Dillon. Eddie, que tenía treinta y dos años, pasaba el tiempo preguntando a Pier cómo era la moda actual. Su hermana, sin embargo, sólo quería saber noticias de Francia, su país natal.

El más silencioso era Edmundo Oakes, un canadiense ballenero que pasaba el tiempo tendido e inmóvil, y que se retiraba a comer y a dormir, descendiendo a la «sentina» de su campana.

—Les hemos pedido muchas veces que nos coloquen a todos juntos —siguió diciendo Dillon—, pero se negaron. El trasvasarnos representa un pequeño problema.

—¿Por qué? —quiso saber Don.

—Creo que es un factor de inmersión—tiempo. No lo he comprendido muy bien. Aunque no lo parezca, aquí estamos sometidos todos a presiones distintas.

Osaki Oikimo ya está habituado a esta presión externa. Ignoramos si la resistiría en contacto con el agua, pero los reguladores de su campana no son igual que el mío o que el de ustedes.

«Por eso estamos separados por orden de llegada. Primero Osaki, luego Edmundo, después las hermanas Rosery, y el último soy yo.

También fue preciso «instalarse», por así decir. Convinieron que Pier, dada su condición de mujer, utilizase la «sentina» para dormir,

mientras que los tres hombres eligieron tres ángulos de la campana, tendiéndose sobre la espuma que cubría el suelo.

Don subió varias veces a examinar su equipo de inmersión, pero no logró desunir la válvula que habían puesto los «crontos» a los tubos de admisión y expulsión de aire. Parecía como si lo hubiesen soldado con algún procedimiento extraño.

Tampoco pudo hacer funcionar la máquina que cerraba el compartimiento. No había modo alguno de hacerla funcionar, porque carecía de mecanismos externos. Era un bloque opaco y cerrado, de cuyo centro inferior surgía la barra telescópica.

Así fue transcurriendo el tiempo. Comían tres veces al día. Se bañaban, sin jabón, y procuraban tener limpias las ropas. Pero no podían afeitarse la barba.

Tampoco tenían objetos de uso personal en los bolsillos, porque incluso les habían quitado los relojes de pulsera. Para ellos, el tiempo carecía de valor, aunque Eddie Rosery supiera siempre en qué día estaban.

Al fin, un día, llegaron «Eek» y «Wee». Utilizaron la campana que estaba sobre el encierro de Don y sus compañeros y la trasladaron, accionando su mecanismo de cierre por medio de un objeto negro que llevaba «Eek», y lo trasladaron hasta la campana en donde estaba encerrado el japonés Osaki.

Con atención, los nuevos prisioneros observaron los movimientos de sus captores. Vieron cómo indicaban a Osaki que subiera hasta la jaula transparente, utilizando la barra escalonada.

El nipón obedeció, hasta quedar encerrado en la caja auxiliar, donde estaba el traje de caucho rojo de Don Coleman, el cual le obligaron a ponerse.

Luego, abrieron la parte superior de la caja, y Osaki salió al exterior, nadando con el equipo de inmersión.

¡Y fue entonces cuando el japonés realizó algo que, con seguridad, llevaría en la mente durante sus muchos años de encierro!

«Eek» pareció indicarle que siguiera a «Wee», y Osaki inició el movimiento para obedecer. Más, de pronto, se revolvió hacia «Eek» y le atacó con las manos, atenazándose a sus aletas y retorciéndoselas.

«Eek», seguramente pillado por sorpresa, se retorció de dolor,

empezando a caer lentamente hacia el suelo, quizás empujado por su agresor.

«Wee» al volverse, se dio cuenta del ataque y accionó el aparato que llevaba en la mano, con lo cual Osaki sufrió un fuerte calambre y abrió la boca hasta dejar escapar la boquilla. y

«Eek» pudo zafarse de sus manos, escabulléndose rápidamente, como una anguila.

Pero Osaki no se repuso. Debió de morir asfixiado, porque su cuerpo quedó tendido sobre el áspero suelo de la gruta, con la boquilla del aire de su boca.

Aquel suceso impresionó profundamente a todos los cautivos que lo presenciaron. Pier emitió un alarido y se refugió contra el pecho de Don, ocultando los ojos, mientras exclamaba:

—¡Pobre Osaki!

—Estoy seguro de que él quería morir y lo ha hecho intencionadamente —observó Jack Bronson—. Veinte años de encierro son demasiados.

—Yo no sabía que tuviese intención de rebelarse. Ha debido de ser un acto puramente instintivo, porque no podía suponer que le hicieran salir.

—¿Dónde le llevarían?

—Quizás a efectuarle algún reconocimiento o bien es el primero que han querido llevar a la isla experimental— comentó Dillon,

«Eek» y «Wee», después de examinar a Osaki, le levantaron y le llevaron a la caja auxiliar, donde le dejaron caer, para luego cerrar la tapa superior y vaciar el agua. Una vez hecho esto, sin prestar atención a ninguno de los cautivos, se alejaron por donde habían venido, saliendo de la gruta.

Dos horas después una veintena de «crontos». Y con ellos venía «Leok», quien se dirigió a donde estaba Raff Dillon, con el que conversó en su estilo, y muchas de cuyas señas pudieron comprender los compañeros de Don, gracias a las enseñanzas que habían recibido.

—Osaki no ha querido vivir —fue lo que vino a decir «Leok»—. Íbamos a llevarle al exterior el primero. Queremos estudiar sus reacciones en su elemento natural, que es el aire. Con él debía de ir uno de nuestros hermanos sometidos a tratamiento.

»Teníamos que llevarle al laboratorio e introducir una cápsula

de control remoto en su estómago, con lo cual pretendemos evitar que escape. Todos ustedes deben ir al laboratorio e ingerir esa cápsula. Nuestros controles les mantendrán siempre dentro de la zona asignada para su supervivencia.

»Ahora, después de la actitud de Osaki, vamos a llevarles de uno en uno, estrechamente vigilados, y si intentan hacer algo contra nosotros, les pesará.

»Empezaremos por usted, Dillon. Tiene que ponerse el equipo de inmersión que nos ha facilitado el joven rubio de los ojos verdes.

—¿Ya contendrán esas botellas aire suficiente para todos?

—Serán recargadas convenientemente, no se preocupe —le contestó «Leok».

Los «crontos» repitieron la operación que habían hecho con Osaki Oikimo, después de haber despojado a aquél del equipo de inmersión, y Dillon fue sacado de su encierro y trasladado al exterior de la gruta.

Ya no regresó. Los «crontos» trajeron su equipo, para sacara Edmundo Oakes.

CAPÍTULO V

La misma suerte corrieron las hermanas Rosery, siendo sacada de su encierro, primero a Myrne y luego a Eddie. Al fin, les tocó el turno a los supervivientes del «Diane».

Vinieron a buscarles unas veinte horas después de haberse llevado a Eddie Rosery, y les indicaron que debía salir uno sólo.

—Yo iré primero —se ofreció Don.

Tenían la impresión de que iban a una muerte cierta. Las jaulas vacías sobre el piso de la gruta submarina indicaba un fin trágico para los que habían sido sus ocupantes.

—No debemos temer —musitó Pier—. Se trata sólo de trasladamos al exterior... A una isla desierta.

—Eso es lo que dijo Dillon —manifestó Jack Bronson—.Pero han podido engañarle.

—No lo creo —replicó Don—. Los «crontos» llevan un propósito y no se detendrán ante nada. El tipo que vi dentro de una campana de aire significa que se proponen ambientarse a nuestra atmósfera.

—De todos modos —terminó Arthur Kreis, pasándose las manos sobre su calva cabeza—, pronto saldremos de dudas. Y no importa quién salga primero... ¡Nos esperan!

Don estrechó entre sus brazos a Pier, la cual se abandonó a, él, trémula de felicidad.

—No temas. Nos volveremos a ver pronto, amor mío —musitó él —. Y, cuando eso ocurra, habremos dado un gran paso hacia la libertad.

—Si salimos de esta espantosa aventura, no volveré a embarcarme jamás, Don —respondió ella.

El sonrió.

—No digas eso. El destino ha urdido la trama de nuestras vidas para unirnos. De no haber ocurrido todo esto, quizás jamás te hubiese dicho que te amaba.

—¡Vamos, vamos! —interrumpió Jack Bronson—. Dejaos de sentimentalismos. Estos no son momentos para frivolidades.

—¡No seas rudo, Jack! —increpó Arthur Kreis—. Son jóvenes y se quieren. Tu no comprendes estas cosas.

Se había roto el encanto de la despedida y Don besó simplemente a Pier, para luego estrechar la mano a sus compañeros y trepar por la escalera telescópica, hasta penetrar en la campana auxiliar, donde estaba el traje de inmersión; empezó a colocárselo con parsimonia, ante la mirada de los «crontos» que aguardaban fuera, mirándole con sus pupilas blancas y acuosas.

La escala se había replegado y sólo faltaba que Don terminase de colocarse el equipo. Uno de los hombres—peces estaba provisto de un impulsor magnético que accionaba el mecanismo interior de la cabina transparente.

En cuanto Don hubo terminado, el techo se descorrió y el agua penetró en la caja, inundándola. La presión pareció regularse automáticamente, como la primera vez que salió.

Un instante después, con el techo completamente abierto, Don pudo impulsarse hacia el exterior y salir hacia donde le aguardaban los «crontos».

Al descender, Don hizo un gesto de saludo a Pier, su padre y Bronson, quienes se lo devolvieron. Luego, rodeado de los hombres —peces, nadó hacia la salida de la gruta.

Le llevaron directamente hacia la hondonada submarina, en

donde se encontraba la nave espacial sumergida, conduciéndole a una especie de curioso laboratorio en donde le hicieron sentarse en algo parecido a una silla, que estaba provista de abrazaderas tanto para piernas y brazos como para el cuello.

Una vez sentado allí, y sólidamente amarrado con aquellas pinzas metálicas, del techo descendió una campana que ajustó herméticamente sobre un círculo que había en el piso. Don continuaba respirando, gracias a las botellas de aire. Pero su asombro fue grande cuando el agua empezó a descender, dentro de la campana, y quedó en seco a los pocos minutos.

Ante él, fuera de la campana, se situó un «cronto», cuyas aletas sostenían una extraña cámara que se aplicó, como accionada por imanes, al exterior de la campana. Y de la cámara surgieron como dos tentáculos articulados que, ¡atravesando el cristal de la campana!, se acercaron al pecho de Don.

No podía moverse. Y el miedo se instaló en su mente, de súbito, al ver el objeto punzante que había en el extremo de uno de los tentáculos articulados y que era algo así como un bisturí o como la punta de una aguja hipodérmica, del diámetro de un lápiz.

Aquel objeto llegó a presionar sobre su vientre, por debajo de donde termina el esternón. Y allí perforó el traje de caucho rojo, dilatándolo.

Don sólo sintió un pinchazo. Luego, un mareo intenso le subió a la mente y perdió el conocimiento.

Al abrir los ojos de nuevo, se encontró tendido sobre un duro suelo... ¡Y sobre él brillaba el sol, en un cielo inmensamente azul y purísimo!

Sintió la brisa marina penetrar en sus pulmones y escuchó voces extrañas a su alrededor. También vio algo insólito, que eran las paredes de cristal y los peces que habían detrás, el mar.

Vio a Raff Dillon sentado en cuclillas, a pocos pasos, mirándole. Y algo más allá estaban las hermanas Rosery hablando con el ballenero Oakes. Y también vio algo que parecía un buzo, pero sin campana de aire, ¡y con la cabeza escamosa al descubierto!

Era un «cronto» que respiraba aire.

Entonces, se dio cuenta cabal de donde se encontraba. Aquello era una especie de embarcación cuadrada. Una caja transparente

que flotaba sobre la superficie del mar y permanecía hundida unos tres metros sobre un océano en calma. Carecía de techo y por eso Don tuvo la impresión de encontrarse sobre la cubierta de un barco.

—¿Cómo se encuentra usted, Coleman? —preguntó el teniente Dillon sonriendo.

—¡Por Satanás! —exclamó el joven, asombrado—. ¿Es posible esto?

—Ya debía de estar habituado a las sorpresas, mi joven amigo —repuso Dillon, sonriendo—. Aquí estamos, aunque nos cueste creerlo… ¡Ah, y parece que ahora traen a la novia de usted!

Don se incorporó, volviéndose hacia donde miraba Dillon. Y pudo ver una especie de pequeña piscina circular, dentro de aquella insólita embarcación flotante, donde el agua mantenía un nivel inferior al del mar, debido a una especie de techo, también transparente.

Y vio a dos «crontos» que sujetaban una figura protegida el traje y el equipo de inmersión submarina. Era Pier Kreis.

Los dos «crontos» salieron ágilmente del agua y depositaron a Pier sobre la superficie de la embarcación. La joven estaba sin sentido, y los hombres—peces procedieron a quitarle el traje de caucho y las botellas de aire.

El otro «cronto», que vestía de «buzo», caminando como un ser humano sobre botas plomizas, se acercó a sus compañeros, que no llevaban ninguna clase de equipo, y les habló con una serie de gruñidos ininteligibles.

Raff Dillon y sus compañeros se habían puesto en pie, pero no se acercaron.

—¿Cómo es que ésos respiran fuera del agua? —preguntó Don.

—«Deke» ha sido operado y posee algo parecido a un pulmón —contestó Dillon, muy serio—. Los otros pueden resistir algunas horas fuera del agua, sin respirar, gracias a sus reservas branquiales. Se irán pronto.

—¡Hablan como las ratas! —expresó Don.

—No son otra cosa que ratas marinas —dijo Dillon, entre dientes —. Pero no podemos hacer nada contra ellos. Nos tienen bien dominados.

Entonces Don recordó los tentáculos articulados que habían cruzado la campana en donde le habían sentado, en el interior de la

nave. Y se tentó el pecho. Notó perfectamente un ligero abultamiento y sintió un leve dolor.

—¿Qué nos han hecho? —preguntó.

—Nos han colocado una cápsula bajo la piel que actuará de fulminante, en el momento en que intentemos rebelamos contra ellos. Es como llevar en el pecho una bala explosiva que los «crontos» pueden hacer estallar desde lejos, por medio de ondas magnéticas.

Don Coleman se estremeció, mirando hacia donde Pier estaba tendida sobre la transparente cubierta, mientras era despojada del equipo de inmersión. Cuando quedó sólo cubierta por sus ropas; los dos «crontos» que habían venido con ella hicieron unos gestos a su compañero vestido de buzo, y se zambulleron en la pequeña piscina circular, desapareciendo bajo el agua con rapidez.

Entonces, el «cronto—buzo», o «Deke», como le había llamado Don, se volvió a donde yacía Don y le habló con su lenguaje chillón.

—¿Qué dice? —preguntó Don.

—No lo sé —contestó Dillon—. No logro entenderle. Si moviera las aletas, como hacen en el agua, sería más fácil. Aunque supongo que le indica que puede acercarse a su compañera.

Don se levantó, mirando aviesamente a «Deke». Luego, Se acercó a donde yacía Pier. Observó que la joven tenía una mancha de sangre en el pecho, y en cambio él y los demás no poseían esta señal. Quizás la operación de colocarle a Pier la cápsula en el pecho no se había realizado correctamente o la herida no había sido suficientemente cicatrizada.

—¿Qué le habéis hecho, asesinos? —gritó Don, furioso.

«Deke», inexpresivo, movió los brazos, es decir, la funda que debía cubrir sus aletas. Los dedos de sus guantes se agitaron, crispándose y descrispándose. También movió la boca, que era semejante a la de un escualo, semicircular y blanca en su interior.

Era un ser monstruoso y horripilante. Pero Don ya había visto a suficientes «crontos» para encontrarlo repulsivo.

—Quiere indicar que no le han hecho nada —dijo Eddie Rosery, acercándose a Don y tomándole del brazo—. ¿Es su esposa?

—No, mi novia —contestó Don.

—No se preocupe, amigo. Yo la atenderá. No tiene más que una ligera herida. Se ve que han tenido menos cuidado que con

nosotros.

«Deke» llevaba sobre el pecho un curioso aparato, provisto de algo parecido a pulsadores. Y presionó uno de ellos, para hablar con su voz chillona y estridente.

—Eso es un aparato de radio —comentó Dillon—. Está informando a la nave.

Las dos hermanas Rosery se llevaron a Pier a un rincón y allí la examinaron, destapando la herida que presentaba en el pecho, mientras que el ballenero canadiense, Dillon y Don miraban a «Deke» aviesamente.

—Me gustaría saber qué les está diciendo.

—¡A mí me gustaría ver aparecer un buque o un avión! —rezongó Oakes.

—Creo que eso no será posible. Debemos encontramos muy lejos de las rutas marítimas o aéreas —repuso Dillon—. Los «crontos» saben lo que hacen. Cuando estemos todos aquí, nos llevarán a la isla que nos dijeron. Y allí seremos testigos de la aclimatación de «Deke». Puede que luego nos envíen algunos «crontos» más, operados para respirar nuestra atmósfera. Y cuando eso ocurra, será el principio del fin.

—¿Para qué nos quieren a nosotros? —preguntó Don.

—Habremos de trabajar para ellos. Puede estar seguro de eso.

—Me negaré —dijo Don.

—No se lo aconsejo. Vamos a gozar de más libertad de la que teníamos allá abajo. Estaremos al aire libre y vamos a ser los principales testigos de la transformación de estos seres.

»Si «Leok» no me mintió, no piensan matarnos. Se nos utilizará como siervos. Ellos no se proponen destruir a la humanidad, sino someterla. Nos necesitan, para sentirse poderosos y fuertes.

»Puede que quieran reproducirse en mayor número y convertirse en los dueños absolutos de La Tierra, cuando hayan conseguido adaptarse al ambiente exterior.

»Nosotros no viviremos tanto como para verlos enseñoreados de nuestro planeta, y por eso creo que es necesario aceptar nuestra suerte con resignación, si queremos seguir viviendo. Quizá lleguemos a ser siervos privilegiados.

—¡Jamás serviré a una raza horrenda como ésta! —declaró Don, solemnemente.

—De momento, le sugiero que obedezca en todo a «Deke». Después, ya veremos —terminó Raff Dillon—. Yo siempre digo que mientras haya vida, existe la esperanza.

* * *

Cuando trajeron a Jack Bronson, uno de los «crontos» que vino con él entregó a «Deke» algo parecido a un recipiente, de unos cinco centímetros cúbicos, que contenía un líquido verdiazul.

«Deke» entregó el frasco a Eddie Rosery y le indicó con un gesto de su mano derecha artificial que debía atender con aquello la herida de Pier, la cual ya había recobrado el conocimiento y estaba tan extrañada como lo había estado Don al recobrarse.

Y debía de ser un medicamento poderoso, puesto que al aplicárselo a Pier sobre la herida, ésta se cicatrizó totalmente y el delgado hilo de sangre dejó de manar.

—Es evidente que cometieron un leve error con ella —explicó Eddie al comprobar los efectos del medicamento, que devolvió a «Deke»; éste se lo guardó en una de las bolsas de su traje de buzo.

Bronson también se recobró pronto, incorporándose y mirando en derredor. Estaba anocheciendo ya y hacía fresco.

Dillon se diirigó a «Deke» y, por señas, le hizo entender que necesitaban ropas o un lugar donde guarecerse del viento, puesto que la nave transparente en donde se encontraban carecía de techo.

«Deke» se dirigió, torpemente, hacia uno de los extremos de la plataforma en donde se encontraban. Allí, presionando algunos de los pulsadores de control de su traje, pareció hacer el milagro de sacar cuatro paredes del mamparo de cristal, como si hubiesen estado plegadas. Y aquel rincón se convirtió en un habitáculo, de unos seis metros cuadrados, provisto de una entrada flexible.

Todos los cautivos pudieron refugiarse allí, encontrándose, para asombro de los más incrédulos, con un espacio relativamente cálido y protegido.

Por si esto fuese poco, también llegó otro «cronto» y les trajo alimentos y agua, que «Deke» les repartió.

Al anochecer, el traje de «Deke» se volvió fluorescente, o algo parecido, de forma que su luz permitía verse entre sí a los prisioneros de la insólita embarcación.

«Deke» se mantenía siempre a distancia de ellos, ocupado en hablar a través de la radio. Otras veces, trepaba hasta el borde de los muros de cristal, como si sus pies poseyeran poder adhesivo, y observaba el horizonte en todas direcciones.

De noche, la irradiación de su atuendo le daba un aspecto fantasmal.

Era casi el amanecer del día siguiente cuando trajeron el cuerpo insensible de Arthur Kreis. Los «crontos» que le acompañaban no se molestaron en despojarle de su equipo de inmersión. Ya no tenían que volver a utilizarlo.

Aquellos dos hombres—peces no se fueron inmediatamente, permitiendo que entre Dillon y Don llevasen al insensible armador hasta el habitáculo donde estaban todos refugiados de la intemperie.

Unos minutos después, de la piscina circular surgió «Leok», el propio jefe, en persona. Primero habló con «Deke» durante un rato. Luego, acompañado por sus dos sicarios, se acercó a la entrada del recinto en donde estaban los humanos, empezando a mover las aletas.

—Ya estáis todos aquí —quiso decir—. Ahora, os vamos a llevar a la isla de Uls, donde vais a vivir en compañía de «Deke». Más adelante, según veamos la reacción de nuestro compañero, os enviaremos a otros de los nuestros.

»Vuestra misión será informar y orientar a «Deke» en todo. Esperamos que, dentro de algún tiempo, os habréis familiarizado con nuestro lenguaje, y «Deke» con el vuestro, de modo que os sea fácil entenderse.

»En la isla de Uls podréis vivir con entera libertad. No es muy grande, pero existe vegetación y podréis disponer de vuestros propios alimentos. Será preciso cultivar la tierra y criar animales. Os ayudaremos a construir viviendas y las herramientas que os sean necesarias.

»Pero tened presente algo muy importante. Todos lleváis la muerte dentro del cuerpo. Si os rebeláis contra «Deke», nuestros controles a distancia os destruirán. Y no intentéis quitaros las agujas magnéticas que lleváis en el pecho, porque moriríais de igual modo. Todo ha sido estudiado a fondo.

—¿Y qué va a ser de nosotros? ¿Hemos de permanecer siempre

en esa isla? —preguntó Dillon.

—Vuestra libertad está más próxima de lo que parece. Pero no os puedo anticipar los hechos. Hemos de salvar muchas dificultades. Os podéis dar por satisfechos al haber salido de vuestro encierro submarino.

»Ahora vais a gozar de un período de libertad más amplio. No se os exigirá mucho sacrificio.

—Pero ¿no se da cuenta acaso, de que jamás conseguirá adueñarse de este planeta? —pregunto Dillon.

—Nosotros no aspiramos al dominio de este mundo, teniente Dillon —contestó «Leok»—. Sólo queremos evadirnos de nuestro ambiente natural, que es el agua. Y estamos seguros de conseguirlo. Una vez logrado esto, a lo que dedicaremos el tiempo que sea preciso, pensamos modificar nuestro metabolismo. Para eso les necesitamos a ustedes.

»Ya han visto que nuestro compañero dispone de pies y brazos artificiales, que pensamos perfeccionar. Después de la operación pulmonar, recurriremos a otros medios. Quizás, al final, no parezcamos lo que ahora somos. »

—Eso es una majadería estúpida —expresó Dillon, siempre por medio de gestos—. Ustedes están adaptados perfectamente para vivir en el agua. Ése es su mundo natural. Fuera de él, no lograrán sobrevivir mucho tiempo.

»Además, los mares de este planeta forman cuatro quintas partes de la superficie total del globo. Sean los amos de ese mundo, al que nosotros no conseguiremos dominar nunca. ¿No se les ha ocurrido que pueden entablar relaciones amistosas con nuestros gobiernos? Nosotros les seríamos útiles a ustedes en la tierra y ustedes nos serían a nosotros útiles en el mar.

—No podemos correr riesgos. No confiamos nada en los terrícolas. Si sois capaces de luchar entre vosotros, hasta exterminaros, ¿qué no haríais con nosotros, para poseer nuestros conocimientos técnicos?

Don Coleman, una vez enterado, más tarde, de aquella conversación, habría de admitir que los «crontos» eran realistas y positivos. No se fiaban en absoluto de sus nuevos coterráneos, y tenían sus motivos.

Ellos habían venido a La Tierra en una época turbulenta y

fueron testigos, tanto en el mar como en suelo firme, de la ferocidad empleada durante la II Guerra Mundial.

«Leok» se retiró después de haber hablado con Dillon. Con él se fueron sus dos acompañantes. Sabían que sólo podían permanecer unas horas fuera del agua. Sin embargo, antes de irse, «Leok» habló con «Deke».

Luego, como accionada por alguna máquina invisible, la extraña embarcación transparente se puso en marcha, surcando el mar a considerable velocidad, con rumbo sur.

Los pasajeros pudieron moverse dentro de la embarcación, a través de cuyos mamparos podían ver los peces, y hasta se codearon con «Deke», quien empezó a pronunciar las primeras palabras en lenguaje humano.

Luego ocurrió un incidente que había de terminar de modo trágico.

Jack Bronson había abierto un envase de pasta de pescado. Comió con apetito y cuando terminó lanzó el recipiente contra «Deke», quien se volvió, con aspecto feroz, diciendo algo que nadie pudo entender.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bronson, desafiante, avanzando hacia «Deke».

—¡Cuidado, señor Bronson! —gritó Dillon, que se encontraba a unos seis metros de distancia.

Pero el viejo veterano del mar no le hizo caso. Avanzó sobre «Deke» y lanzó su puño hacia la cabeza de éste. El golpe fue tremendo. El «cronto» retrocedió, aturdido.

¡Y en el mismo instante, Jack Bronson emitió un alarido, llevándose las manos al pecho!

¡Se produjo una explosión sorda y la carne se le abrió a Bronson en el pecho, manando gran cantidad de sangre!

Luego, el lobo de mar se desplomó sobre el pavimento, quedando rígido sobre un abundante charco de sangre. Estaba muerto. La cápsula que le habían colocado en el pecho le estalló, accionada a distancia, y la muerte fue fulminante.

Los demás se quedaron petrificados ante aquel espectáculo.

CAPÍTULO VI

Horas más tarde, llegaron dos «crontos», provistos de una caja de inmersión, en donde colocaron el cadáver de Bronson, y se lo llevaron. «Deke», que habían permanecido separado de sus cautivos, ordenó a Dillon que se limpiase la sangre del suelo.

Se volcó uno de los recipientes de agua y se utilizó la camisa de Dillon, la cual fue dejada luego en un rincón. No se podía lanzar nada al océano, bajo ningún pretexto,

La muerte de Bronson les había dejado a todos aturdidos y confusos.

Arthur Kreis permaneció todo el tiempo sentado junto a su hija.

—Él se lo ha buscado —comentó Dillon—. Le dije que no debía intentar nada contra «Deke». Ahora será más déspota.

—Tiene usted razón, Dillon. Mientras tengamos en el pecho esa arma tan destructiva, es imposible hacer nada. Sólo conseguiríamos empeorar la situación —admitió Don Coleman.

—¡Pobre Jack! —exclamó Kreis—. Era un buen marino y un excelente colaborador. Yo le apreciaba mucho.

—Lo sé, papá —asintió Pier—. Pero ha sido un necio.

—Eso es lo que no sabremos nunca —dijo Eddie Rosery—. Puede que, al igual que Osaki Oikimo, no quisiera vivir esclavo de nadie, y haya preferido morir.

—Nuestra esclavitud es transitoria —afirmó Dillon —. Mi razón me dice que nada podemos hacer contra ellos. Han tomado bien las medidas de seguridad. Si queremos recobrar la libertad ha de ser cumpliendo todo lo que nos dicen.

»Y no es tan difícil, ¡creo yo!

Don, sensato también, admitió que Dillon tenía razón.

—Dejemos correr el tiempo. Ahora sabemos que no amenazan en vano. El que desee morir, ya sabe cómo hacerlo. Yo tengo motivos para confiar en el futuro. Cuando se hundió el «Díane» y no perecimos en el naufragio comprendí que la Providencia velaba por nosotros.

—Estamos vivos por milagro —admitió Arthur Kreis —. Lo reconozco. Pero no debemos reprochar a Jack el haber querido libertarnos.

—Su sacrificio ha sido inútil —replicó Dillon.

—De acuerdo —reconoció Arthur Kreis—, ha sido inútil. Pero ha

servido para sentirnos más cautivos que antes. Ni el hecho de permanecer al aire libre, bajo este cielo azul, dejará de decirnos que estamos muertos, que carecemos de voluntad y que somos algo peor que esclavos.

En labios de un hombre que poseía bastantes millones de dólares, aquellas palabras tenían un significado altamente trágico.

* * *

No era extraño que la isla de Uls se hallase deshabitada. Se encontraba en una latitud excesivamente alejada de las vías marítimas de comunicaciones, carecía de agua potable y, aunque su vegetación era densa, estaba desprovista de vida animal.

Todo lo que había germinado allí eran plantas tropicales, cuyas semillas debió arrastrar el viento y el agua de la lluvia hizo desarrollarse. No era probable que llegase ningún barco jamás. Al elegirla, los «crontos» habían estudiado las posibilidades que existían de que algún navío arribase a sus aguas.

Sin embargo, los tripulantes de la embarcación «cronta» avistaron la isla y se sintieron aliviados. Aquello era suelo firme. Allí iban a moverse sobre la tierra, su elemento.

Accionado por la fuerza impulsora que lo movía, el buque transparente se acercó a una reducida sala. Allí se extendió una pasarela y todos pudieron saltar a tierra. El primero, como un nuevo Colón descubriendo un nuevo mundo, fue «Deke», que se movía ya con mayor naturalidad sobre sus piernas automáticas.

Le siguieron Don Coleman, Raff Dillon, Arthur Kreis Edmundo Oakes y las tres mujeres. Para todos ellos, ver las olas rompiendo mansamente sobre la arena limpia, fue como si despertasen de una pesadilla.

El más pesimista de todos parecía ser Raff Dillon, quién expresó:

—Ya estamos aquí como nuevos Robinsones. ¿Cuál será nuestra suerte?

—No haga preguntas, teniente —dijo Arthur Kreis—. Aquí se trata de buscar algún modo de supervivencia natural. Lo que nos falte nos será facilitado por los «crontos».

«Deke» se volvió a sus «siervos».

—Vosotros elegir espacio para vivir. Pedirme lo que os haga

falta.

—Sí, hermano —contestó Dillon, con cierta sorna—. No te preocupes. Y trata de aprender pronto de nosotros. Queremos regresar a la civilización y decir a nuestros, familiares que estamos vivos, gracias a la sapientísima raza de los «Crontos».

«Deke» no respondió, dando media vuelta y alejándose, con paso inseguro, entre las malezas.

Don se volvió a Pier y sonrió, como pretendiendo darle ánimos.

—Esto es volver a la vida, Pier.

—Sí. Esta isla forma parte de nuestro mundo. ¿Crees que podremos salir de aquí alguna vez?

—Estoy seguro. Si no fuese por lo que llevamos en el pecho... —se tentó suavemente en el lugar donde llevaba la cápsula explosiva —. Pero encontraremos el modo de quitárnosla.

—Seamos prácticos —propuso Raff Dillon—. Lo primero que hemos de conseguir es ayuda para construir alguna vivienda. Haremos cabañas de troncos. Aquí existen suficientes palmeras. Necesitamos herramientas.

Reunidos los siete convinieron pedir sierras adecuadas para cortar troncos. También necesitaban semillas para la tierra, azadas y alguna especie de arado, así como luces para la noche, alguna máquina para desalar el agua, etc. Y no fue fácil entenderse con «Deke», quien desconocía la mayor parte de las palabras que le iban dirigidas.

Don hubo de pasar varias horas intentando hacer comprender a «Deke» que la tierra abonada hacía germinar las plantas, y que era preciso colocar semillas en los surcos. Hubo de explicar, infatigablemente el proceso de germinación vegetal y hacer comprender a su guardián que todas las plantas existentes en la isla se habían desarrollado de acuerdo con un proceso natural.

«Deke», por su parte, se limitó a informar por radio a sus compañeros.

Por su parte, Edmundo Oakes y las hermanas Rosery se dedicaron a recoger cocos caídos de los cocoteros; encontraron bastantes que contenían jugo. Dieron a probar aquel alimento a «Deke», quien lo encontró aceptable y permitió que comieran y bebieran la pulpa del coco, además de la pasta de pescado.

Tuvieron la gran suerte de encontrar un lugar donde el agua de

lluvia había formado una pequeña charca. Se excavó con las manos y se filtró el agua, en recipiente de coco, y se obtuvo un agua más aceptable que la desalada por los «crontos».

Al día siguiente, llegaron seis hombres—peces, llevando, en sacos herméticos, algunas semillas, convenientemente aisladas, que habían obtenido en buques hundidos. Traían trigo y maíz, así como semillas de vegetales y legumbres.

También eran portadores de herramientas extrañas, cuyo funcionamiento enseñaron a los terrestres. Una especie de pistola electrónica se utilizaba para cortar troncos. Se presionaba un disparador y un rayo incandescente segaba, en pocos segundos, el más grueso tronco. Una caja de coloración verdosa, disponía de una cinta cortante, capaz de convertir en láminas iguales la madera. También trajeron material transparente, en láminas, y pudieron comprobar que por medio de una especie de soldador, dichas láminas se unían entre sí, formando grandes paneles flexibles.

Con todo aquello, puestos al trabajo, el grupo empezó a construir la primera vivienda. Se roturó el suelo e iniciaron las tareas de sembrado. Su asombro fue enorme al ver que, por medio de un aparato que despedía rayos invisibles, el proceso de germinación de los vegetales se realizaba en pocos días.

Así, antes de que tuviesen concluidas sus viviendas, ya disponían de una abundante cosecha de trigo; tomates, berenjenas, hortalizas y otros frutos. Lo más asombroso fue ver crecer un naranjo en una semana, y obtener de él una abundante cosecha.

Se mezclaron los procedimientos, empleándose sistemas típicamente terrestres con otros de origen «cronto». Era evidente que los sabios de la nave espacial sumergida estaban colaborando en el experimento de adaptación, convencidos de la buena disposición de sus prisioneros, a los que creían sometidos, y más, después de la muerte de Jack Bronson, cuyo cuerpo se habían llevado para analizarlo.

Estuvieron demasiado ocupados todos para darse cuenta del paso de los días. Era preciso convertir la isla en un lugar habitable. Por este motivo, ajenos al tiempo, se sorprendieron extraordinariamente cuando vieron llegar a otro «buzo», exactamente igual que «Deke», y quien respiraba aire.

Don fue el primero en descubrirlo, cuando estaba colocando el

techo a la vivienda creada por ellos.

—¡Eh, mirad! —gritó.

«Deke» estaba sentado en una de las sillas de madera tierna. También se volvió, siguiendo la señal de Don, y vio a su compañero, equipado y vestido exactamente como él. Se puso en pie y salió al encuentro del otro.

Después de un breve conciliábulo, los dos «crontos» se acercaron a donde estaban los terrícolas. «Deke», con su torpe lengua, dijo:

—Ya somos dos. Tenéis que construir vivienda para diez de nosotros. Los ocho restantes no tardarán en venir.

—¡Pues tenéis que ayudarnos! —exclamó Edmundo Oakes.

—Silencio —le replicó «Deke»—. Haz lo que te he dicho. Tú no eres más que un esclavo.

No era la primera vez que «Deke» pronunciaba aquella palabra. Se la había aprendido a ellos y su significado sabía esgrimirlo con fuerza.

—Cuidado, «Deke» —le espetó el ballenero canadiense—. Un día me pillarás enojado y te cortaré la cabeza.

Instintivamente, «Deke» se puso en guardia. Sus cautivos tenían ahora herramientas de metal y eran capaces de cumplir su amenaza. Él sabía, por propia experiencia, lo que significaba un golpe de uno de los terrestres, puesto que ya había sido agredido por Bronson, antes de morir. Además, ahora, el grupo de prisioneros disponía de herramientas y objetos que, dispuestos a utilizarlos como armas, podían causar grave daño a sus guardianes, como era la máquina de segar troncos, y que era como una pistola de fácil manejo.

«Deke», sin embargo, supo responder acertadamente:

—Si haces una tontería semejante, morirás.

¡Aquélla era una espada de Damocles suspendida sobre sus cabezas, y contra la cual no podían revolverse!

* * *

El nuevo compañero de «Deke» se llamaba «Veg». Este nombre se lo puso Arthur Kreis, por su forma de pronunciar el verbo «ver». Fue una de sus primeras palabras:

—Yo «Veg».

Esto venía a significar que se daba cuenta de lo que le decían y

comprendía, prueba de que había sido aleccionado convenientemente antes de ser enviado a la isla.

A las pocas semanas llegaron tres nuevos «crontos». Y una semana después llegaron otros cinco. Todos traían buzos color plomo, fosforescentes durante la noche, y se caracterizaban por su ansia de saber, dado que se pasaban el día preguntando:

«¿Qué es esto? ¿Cómo se llama…? ¿Para qué sirve…?.»

Eran insaciables. Y, al tiempo que perfeccionaban su lenguaje, naturalmente —pues las hermanas Rosey se expresaban también en dicho idioma, pese a su nacionalidad francesa—, aprendían infinidad de cosas sobre los costumbres de los terrestres.

—Estos tipos parecen llevar sus planes adelante —dijo una tarde Arthur Kreis, cuando se reunieron en uno de los alojamientos construidos por ellos, y en donde habían instalado toda clase de comodidades—. Ya tenemos diez. ¿Qué harán ahora?

—Quizás intenten adaptar sus cuerpos a nuestro ambiente —declaró Dillon—. Ya tienen resuelto el problema de la respiración natural. Los trajes que llevan son un modelo muy perfecto, pero considerarán mejor no utilizarlos.

—¿En qué te fundas para decir eso? —preguntó Don.

—He hablado con «Veg» —respondió el teniente de la Armada —. Según me ha explicado, se están realizando pruebas médicas para extirpar las aletas natatorias a unos cuantos y proporcionarles piernas o brazos.

»Me ha dicho que el cuerpo de Osaki Oikimo y Jack Bronson ha servido a sus sabios para estudiar un sistema de músculos flexores y tensores que esperan injertar en sus cuerpos.

—¡Diablos no! —exclamó Arthur Kreis—. Es increíble lo que pueden hacer estos tipos submarinos. Empiezo a creer que conseguirán instalarse en la Casa Blanca.

—Es posible que lo logren, si nosotros no hacemos algo para impedirlo —dijo Don, entre dientes.

El secretario de Kreis había estado últimamente demasiado ocupado en el trabajo de la colonia para cambiar impresiones con su prometida o sus compañeros. Lo había hecho así en un afán de evadirse temporalmente de su situación. El trabajo fatigaba y le libraba de la tortura mental a que estaba sometido.

Kreis le había dicho que no se casaría con su hija, hasta que no

hubiesen logrado salir de aquella situación. Incluso, prohibió a Pier que se viese a solas con Don, cosa que no logró evitar, debido a que los jóvenes aprovechaban alguna ocasión posible para encontrarse en una caleta, en la parte sur de la isla.

«Deke» y «Veg» vigilaban a la pareja y presenciaron sus encuentros sentimentales, temiendo que pudieran tramar algo contra ellos. Pronto, sin embargo, se convencieron del poco peligro que representaban aquellas escapadas sentimentales y les dejaron estar.

Don, Sin embargo, hubo de explicar a «Deke» lo que significaba el amor entre los seres humanos. Cuando el «cronto» comprendió, esbozó una de sus estúpidas sonrisas y prometió:

—No diré nada al padre de Pier... Lo que hacéis no es malo.

Sin embargo, en una de aquellas reuniones clandestinas, Don habría de realizar, una de aquellas tardes, un encuentro inesperado.

Estaba frente al mar, recostado contra el tronco de una palmera, esperando la llegada de Pier, cuando sus ojos captaron algo que flotaba sobre el océano y que las olas movían desacompasadamente.

El sol se había puesto ya y no era fácil distinguir la naturaleza del objeto flotante, que se encontraba a bastante distancia de la isla.

Al poco de estar enfrascado en la contemplación de lo que llamó tan poderosamente su atención, los ramajes se movieron detrás de él y apareció Pier, que se le acercó, echándole los brazos al cuello.

—¡Don, amor mío!

El sonrió y se volvió, tomándola en brazos.

—Hola cariño. Parece que has tardado.

—La culpa ha sido de papá. Creo que sospecha de estos encuentros.

—¡Bah, no tiene importancia! Es lógico que se dé cuenta, si no nos ve en la vivienda... Estaba mirando allí y me ha parecido ver algo flotando.

—¿Dónde? —preguntó ella.

Don señaló con la mano extendida y Pier agudizó la mirada, intentando captar la forma oscura flotante.

De pronto, Pier exclamó:

—¡Es una persona! ¡Ahora mueve los brazos!

Don también había visto el «objeto» cobrar vida de pronto, quedándose como convertido en piedra.

—¡No es posible! —exclamó—. ¡Estamos lejos de la civilización y de las islas habitadas!

—Puede tratarse de un náufrago —musitó Pier, sin atreverse a decir lo que estaba pensando, volviéndose a mirar a Don.

—¿Un náufrago? ¡Oh, Pier, si fuese cierto!

¡Y lo era!

Pese a que la oscuridad se iba acentuando en el

cielo, las olas y el impulso del nadador le acercaban

paulatinamente a la isla. Y pronto pudieron ver per—fectamente la cabeza del hombre y el chaleco salva—vidas amarillo oscuro, que llevaba puesto.

Inmediatamente, Don concibió una idea atrevida.

—¡Vuelve a la vivienda, Pier! Asegúrate que están

allí todos los «crontos». Nadie ha de saber que ha llegado un náufrago a la isla. Yo le recibiré y le explicaré la situación. ¡Ese individuo puede ser nuestra

salvación! ¿Me has comprendido? ¡El no está controlado por la cápsula magnética!

Muy nerviosa, Pier asintió y se marchó rápidamente, diciendo antes:

—Si alguno de ellos intenta venir hacia aquí, te avisaré con un grito.

—Muy bien.

Don, al quedar solo, se dirigió hacia la playa, abriéndose paso entre los matorrales. El náufrago se dirigía a otro lado de la isla, situado más al sur. Y parecía nadar cada vez con menos intensidad, como si el esfuerzo le tuviese agotado.

Ya era de noche cuando el hombre, puesto en pie y caminando con el agua hasta la cintura, avanzó tambaleándose, hacia la playa, donde se desplomó pesadamente en brazos de Don, musitando, sin aliento:

—Al fin... Gracias, Dios mío.

Hablaba en inglés y llevaba ropas oscuras, un pan—talón y un suéter de cuello alto. Iba descalzo y sus facciones, demacradas, ofrecían el aspecto de dos ojos muy hundidos.

Don le arrastró hacia el lindero y allí le tendió, empezando a quitarle el chaleco salvavidas.

—¿Quién es usted? —le preguntó—. ¿De dónde viene?

—Salí hace... dos días... en un balandro, de Pago—Pago. Iba a Tihi—Tuy, a ver a un enfermo... Marcos y Sengi se emborracharon y prendieron fuego al balandro... ¡Qué imbéciles! Caro han debido de pagarlo. ¿Qué lugar es éste?

—Una isla llamada de Uls, que no figura en las cartas marinas. Es demasiado pequeña —dijo Don—. Aquí, lo milagroso es que haya llegado usted. ¿Cómo se llama?

—Soy el doctor Joseph Carrell, de la Compañía Maskell, de Pago —Pago... Estoy agotado... Sólo tuve tiempo de colocarme el chaleco y echarme al agua. Era de noche... Las llamas invadían ya el balandro.

—Escuche, doctor Carrell. Présteme mucha atención y no crea que estoy loco —dijo Don, en voz baja—. En esta isla estamos siete personas secuestradas por unos seres extraterrestres.

—Eh, ¿qué me cuenta? —exclamó Joseph Carrell, entornando los ojos.

—Tiene usted que creerme, por muy absurdo que le parezca. Usted puede ayudarnos y ayudar a la humanidad a salvarse de una terrible amenaza.

—Calma, amigo, calma —exigió el otro, empezando a incorporarse—. Lo que yo necesito ahora es agua, comida y un fuego.

—Yo le proporcionará alimentos. Le daré mis ropas secas, si lo desea... ¡Pero no puede encender fuego! Ellos están cerca y le descubrirían. Y usted está libre de su control, por eso puede ayudarnos.

Joseph Carrell intentó ver el semblante del hombre que le hablaba de aquel modo. Estaba seguro ya de vérselas con un loco y quiso apartarse de él. Don Coleman comprendió sus recelos y se apartó.

—Entiendo —musitó con voz triste—, se le hace difícil creerlo. Puedo demostrar todo lo que digo. Viajábamos en un yate y nos hundimos en medio del Pacífico, durante una galerna. En el fondo del Océano nos rescataron unos seres inteligentes que viven en el agua. Proceden de un planeta líquido... ¡No se vaya, por el amor de Dios! ¡No estoy loco! ¡Le digo la verdad!

—No lo dudo, amigo —musitó Carrell, mirando en derredor, como buscando el modo de escapar—. Eso le puede ocurrir a

cualquiera.

—Por favor, doctor Carrell, tiene que creerme. Sé que le parecerá increíble. Pero es cierto. Usted lo verá por sus propios ojos. Esos hombres—peces están realizando una experiencia y un grupo de diez de ellos respira aire, como nosotros. No se mueva de aquí. Yo iré a buscarle alimentos. Ellos no tienen por que saber que ha llegado usted accidentalmente a Uls… ¡Usted puede ayudarnos!

—Sí, desde luego. Claro que les ayudaré… ¿Cómo se llama usted?

—Don Coleman. Yo iba en el yate «Diane», con Arthur Kreis, su hija Pier y el capitán Jack Bronson.

—¿Ha dicho Arthur Kreis? —exclamó Carrell—. ¡Leí la noticia en la prensa! Les buscaron durante muchos días y, al final, les dieron por muertos.

—Estamos todos vivos, excepto Jack Bronson. No se mueva de aquí. Iré a buscar al señor Kreis.., ¡Pero los «crontos» no deben de saber nada!

Joseph Carrell no respondió. Estaba demasiado aturdido para hacerlo.

CAPITULO VII

Don regresó al claro donde tenían la vivienda. Vio el «buzo» fosforescente de uno de los «crontos», sentado en una rústica silla, ante el edificio ocupado por los humanos.

—Tú, ven aquí —habló el «cronto».

Don sintió que su corazón parecía parársele en el pecho. Tuvo la impresión de que iban a descubrir su secreto.

Se acercó y preguntó:

—¿Qué quieres?

—¿De dónde vienes?

—Me estado dando un paseo por la costa. «Deke» ya lo sabe.

—No te alejes solo de aquí —habló el «cronto», con cierta dificultad—. Y menos durante la oscuridad.

—Me he entretenido un poco. Lo siento.

—No importa. Dime, vosotros estudiáis esos puntos brillantes que hay en el cielo, ¿verdad?

—Sí. A eso se dedican los astrónomos.

—¿Sabios? ¿Y qué saben esos sabios de los mundos luminosos?

—Muchas cosas.

—¿Es cierto que tus hermanos han enviado naves a otros mundos?

—Se trabaja en ello. Pronto se alcanzará la Luna —dijo Don, ávido por terminar la conversación y regresar al interior de la vivienda.

—He visto vuestras naves, son primitivas. No iréis muy lejos con ellas...

—¿Puedo irme a descansar? —atajó Don.

—¿No quieres hablar conmigo, Don Coleman?

—No es eso. Me siento cansado hoy. He trabajado mucho en la huerta. Mañana puedo explicarte todo lo que han conseguido nuestros técnicos en Cabo Kennedy.

—Bien... Vete. .

Don dio media vuelta y se dirigió a la vivienda, penetrando en el «hall», donde estaban Pier y Eddie Rosery, hablando en voz baja con Raff Dillon.

Don se acercó a ellos y musitó:

—Tenemos un visitantes extraño en la isla. ¿Dónde están los otros?

—Mi padre está durmiendo. No le he dicho nada —siseó Pier.

—¿Quién es? —preguntó Dillon.

—Se llama Carrell y es médico. Iba en una embarcación que se prendió fuego. Sólo tuvo tiempo de arrojarse al mar. Pero me ha tomado por un loco.

—Es lógico. ¿Le has dicho lo que ocurre?

—A grandes rasgos. Nos interesa llevar alimento y agua a ese hombre. Pero los «crontos» no— han de verlo.

—¡Indiscutiblemente! —exclamó Dillon—. Yo lo haré. ¿Dónde está?

Don explicó donde había dejado al náufrago. Raff Dillon fue a la despensa y tomó algunos alimentos, así como un recipiente con agua. Por su parte, Don se dirigió ala habitación de Edmundo Oakes, que estaba tendido en su litera de hojarasca, y le despertó suavemente.

—¡Eh! ¿Qué ocurre?

—¡Chisst, Edmundo! ¡Necesitamos tus ropas! Ha llegado un náufrago y está empapado. Necesita ropas secas y alimentos. No hay tiempo que perder. Cuando se sequen las suyas, te las devolveremos.

—¿Un náufrago? ¡Oh, los «crontos» lo encontrarán!

—Pretendemos evitarlo. Ese hombre puede ser nuestra salvación.

El ballenero se despojó de su chaquetón y sus pantalones, dándoselos a Don.

—Debo tenerlo aquí al amanecer o de lo contrario, «Deke» puede sospechar algo.

—No te preocupes. Aunque pasemos la noche sin dormir, Raff y yo nos encargaremos de que todo salga bien.

—Pensad en el riesgo que corremos.

—¡Sólo pienso en la posibilidad que se nos ha presentado y que no debemos desaprovechar!

* * *

Cuando Don llegó al lugar a donde había quedado Joseph Carrell, acompañado por Raff Dillon, no encontraron a nadie.

—¿Dónde está usted, Carrell? —siseó Don.

Nadie le contestó.

—¿Dónde diablos se ha metido? —inquirió Raff.

—Ese hombre no ha creído cuanto le he dicho y

me ha tomado por un demente. Seguramente ha escapado, buscando otro lugar donde refugiarse.

—¡Y si lo encuentran ellos estamos perdidos! Hay que buscarle. ¡Ve tú por ahí y yo iré por este otro lado! Procura no hacer ruido.

Dejaron las provisiones y las ropas de Edmundo Oakes en el suelo y se separaron, dedicándose a bordear la isla, en la oscuridad, intentando encontrar al desaparecido Carrell, que si era descubierto por los «crontos» caería en sus redes como un prisionero más, al que no tardarían en neutralizar por medio de una cápsula magnética y explosiva, introducida en su pecho.

Fue Raff Dillon quien escuchó, de pronto, un ruido entre los matorrales, a su izquierda, como de alguien huyendo precipitadamente. Se lanzó hacia allá y pudo ver la silueta del

médico, sobre el que se lanzó, teniendo la precaución de taparle la boca para evitar que gritase.

Joseph Carrell estaba visiblemente excitado y nervioso y luchaba con todas sus fuerzas, que no eran muchas, para intentar librarse de Dillon.

—Cálmese, hombre. Le estábamos buscando. Le

hemos traído alimentos y ropas. Pero hay que evitar

que ellos le vean. No le soltaré hasta que me cercioré que no gritará. Es mucho lo que nos jugamos en esto.

»No, yo no soy Don Coleman. Él le busca por otra parte. Venga conmigo… ¡Si me promete no gritar, le quítaré la mano de la boca!

Joseph Carrell asintió vigorosamente y Raff aflojó la presión que ejercía sobre el rostro del otro.

—¡Le he visto! —exclamó Carrell, con acento de infinito terror —. ¡Tenía una cabeza monstruosa e irradiaba luz fosforescente!

—¡Chísst, calle! ¿Le han visto ellos?

—¡Ha sido algo horrible! ¡Aquel joven tenía razón! ¡Yo no le creí, pero ahora…!

—¿Le he preguntado si le han visto?

—No, creo que no. Yo estaba entre los árboles. Y le vi a lo lejos.

—¿No gritó usted?

—No. Me quedé tan aterrado que no pude articular palabra. Sólo sé que di media vuelta y me aleje a la carrera. Luego me volví aquello continuaba allí, parado.

»Después me encontró usted… ¡Qué cabeza más repulsiva!

—Nosotros ya estamos acostumbrados a verlos. Venga. Don Coleman no tardaré en regresar. Hemos quedado en reunirnos aquí, si no le encuentra.

—¿Es cierto todo lo que me ha dicho?

—Sí, puede creerlo.

—¿Y no es posible escapar de ellos?

—No. Tenemos en el pecho algo así como la muerte latente, en forma de cápsulas explosivas, que ellos pueden hacer estallar a distancia. Usted puede ayudarnos.

—¿Cómo?

—Tiene que irse de aquí esta misma noche y avisar a las autoridades de lo que sucede. El gobierno de los Estados Unidos puede enviar un submarino atómico al lugar donde tienen su nave.

Si los destruyen, nosotros podemos quedar libres. Sin la amenaza que llevamos dentro, los diez «crontos» que viven aquí con nosotros, serán eliminados en poco tiempo.

»Son peces que están intentando adaptarse a nuestra atmósfera, fuera de su ambiente natural, que es el agua.

—Todo esto me parece como una horrible pesadilla... ¿Usted quién es?

—Soy el teniente de navío Raff Dillon, de la Armada de los Estados Unidos. El submarino convencional en que yo iba sufrió una avería, a causa de una explosión. Todos debieron de morir, menos yo, que fui rescatado por los «crontos» y conducido a una gruta submarina, donde me tuvieron durante tres años y medio, metido en un tanque de aire.

—¡Qué horrible experiencia!

—No quiera usted pasar por ella, doctor Carrell. Si le descubren los «crontos», puede estar seguro de que correrá nuestra misma suerte.

Habían llegado al lugar donde Raff y Don dejaron los alimentos y las ropas, y Joseph Carrell pudo quitarse sus prendas húmedas y ponerse las de el canadiense. Luego, bebió agua y probó la pasta de pescado, encontrándola sabrosa.

Pocos minutos después llegó también Don Coleman, quien se alegró de encontrar allí al hombre, en compañía de Dillon.

—Lo siento, Coleman —musitó Carrell, apenado—. Me fui porque no acabé de creerle. Le tomé por un loco que se hacía pasar por el difunto Coleman. Supuse que habría sabido la noticia del hundimiento del yate «Diane» y en su locura se hacía pasar por Coleman.

—Le comprendo —asintió Don—. Las cosas que le conté no son para ser creídas. ¿Le ha convencido Raff?

—Me he convencido yo mismo al ver a uno de esos monstruos.

—¿Y le han visto a usted?

—No.

—¡Menos mal! —respiró Don, aliviado—. ¿Ya le has contado la situación, Raff?

—Sí. Escuche, doctor Carrell. Puede llevarse agua y alimento. Le proporcionaremos una bolsa impermeable. Con el salvavidas puede usted nadar y encontrar ayuda.

—Mucho me temo que eso no sea factible, teniente Dillon. No sé donde estamos, pero supongo que esta isla se encuentra muy lejos de cualquier lugar habitado. No me atrevo a enfrentarme de nuevo con el océano.

—Tiene usted que hacerlo, no sólo por nosotros, sino por el resto de la humanidad —casi gritó Dillon.

—He permanecido dos días en el mar y si he llegado hasta aquí, ha sido por puro milagro —se defendió Carrell—. Intentar la vuelta a nado es una locura... Si, al menos tuviese alguna especie de embarcación...

—No podemos hacerla sin que se enteren los «crontos».

—¿Y no pueden ustedes escapar?

—No. Ya se lo he explicado. Nos han injertado una cápsula en el pecho que nos mataría, en cuanto adivinasen nuestras intenciones. Ya ha sucedido un caso semejante con uno de nuestros compañeros que atacó a un «cronto».

—¿Y no pueden quitarse esa cápsula? —preguntó Carrell—. Yo soy médico y podría intentarlo.

—No puede ser. «Leok» nos dijo que si hacemos eso, moriríamos de todos modos.

—¿Por qué? ¿Dónde tienen esa cápsula?

—En el pecho, bajo la piel —dijo Dillon.

—No lo entiendo. Se trata de un objeto extraño que el organismo debe rechazar, Si se extirpa no puede causarles ningún daño. Al contrario. Quedarán libres del peligro de muerte.

—Quizás fuese un engaño de «Leok» —insinuó Don.

—No lo creo. Tú sabes muy bien el dominio científico que poseen. Encuentro que seria una solución demasiado fácil y «Leok» es lo suficientemente inteligente para no correr ese riesgo inútil. Si nos dijo que moriríamos al quitarnos la cápsula, es cierto.

—¿Y si lo dijo para que no intentásemos quitarnosla? —insistió Don—. Yo pienso que ellos hacen estallar la cápsula a distancia y nada más. Si me practico una incisión en el pecho y me la quito no tengo por qué morir.

—No seré yo quien corra ese riesgo, Don —dijo Dillon—. Pero si quieres probar tú...

Aquello era igual que apoyarse un arma en la sien y oprimir el gatillo, confiando en que no estuviese cargada. Hacía falta tener un

corazón muy grande para decidirse.

—Podríamos hacer una balsa, sin que se enteren los «Crontos» —propuso Dillon—. El doctor Carrell puede estar oculto. En un par de noches podemos tenerla lista y…

—Doctor —atajó Don—, ¿puede usted hacerme una incisión en el pecho y quitarme la cápsula?

—¿Qué dices, Don? ¿Te has vuelto loco?

—No, Raff. Es una corazonada. Tengo fe en ella. Si el doctor Carrell me quita la cápsula magnética y no muero, en menos de diez minutos acabo con todos los «crontos» de la isla, utilizando la sierra de rayos actínicos.

—No lo hagas, Don —objetó Dillon—. Acepto que «Leok» nos mintiera. Pero recuerdo el modo cómo murió Bronson. Le estalló el pecho en un instante. Debían de controlarle por medio de la cápsula.

—No. Fue «Deke» quien hizo estallar el explosivo, al ver el peligro que corría.

—Eso lo hemos discutido ya muchas veces y no hemos sacado nada en claro —replicó Dillon, volviéndose a Carrell—. La situación es delicada y desesperada. Ahora, los «crontos» capaces. de respirar aire son únicamente diez. Pero dentro de unos días pueden ser veinte, o mil. Luego, se extenderán por el mundo, y con sus medios científicos y técnicos no tendrán dificultad en apoderarse de todo. Hay que destruirlos antes de que sea demasiado tarde.

»Parece ser que no se reproducen todo lo rápidamente que quisieran. Pero, si logran adaptarse al exterior, abolirán la restricción procreativa y en poco tiempo serán varios millones, capaces de invadirnos totalmente y destruimos, O sometemos a todos bajo su férula dictatorial.

»Nosotros somos los únicos que podemos hacer algo para atajarlos. No sabemos exactamente el lugar donde tienen la nave sumergida, que es su centro de operaciones, pero un radiosondeo puede localizarlos. Ellos temen a nuestras armas atómicas. Con un par de ellas, sus laboratorios quedarían reducidos a moléculas… ¡Y entonces será posible quitarnos las cápsulas del pecho!

—El plan es arriesgado, Raff —dijo Don Coleman, tristemente—. En primer lugar, ofrece muchas dificultades, como son el que el doctor Carrell pueda salir de aquí sin ser descubierto, después, que

llegue a algún lugar civilizado, y por último, el más delicado y peliagudo, a mi entender, de que crean su historia.

»Todo eso son conjeturas. Incluso, puede que le crean y que el gobierno de los Estados Unidos se decida a enviar un submarino atómico a investigar. Puede que los «crotntos» se aperciban y se defiendan, lo que ocasionaría bajas. Pero lo normal es que hagan encerrar al doctor Carrell y le sometan a tratamiento siquiátrico.

»Estimo que el problema hemos de resolverlo nosotros, por nuestros propios medios, sin esperar ayuda de nadie. Si logramos extirparnos el injerto, esos diez «crontos» pasarán a mejor vida en poco tiempo. Luego. podemos intentar huir de aquí, antes de que vengan sus compañeros, o bien hacerles frente. Dillon movió la Cabeza negativamente.

—No resultará. Están prevenidos.

—¿Puede usted intentar quitarme esa cápsula, doctor Carrell?

—Puedo. Pero… necesitará algunos instrumentos.

—Ése es otro problema. Aquí no tenemos medicamentos —objetó Raff.

—Tenemos la medicina que se empleó para restañar la herida de Pier. «Deke» se la dio al señor Kreis, cuando se lastimó la pierna, el otro día.

—Creo mejor que hablemos con Arthur Kreis —propuso Dillon —. Su consejo puede ser importante.

Esta proposición fue aceptada por Don, quien repuso:

—De acuerdo. Iremos a verle. Usted quédese aquí, doctor. Avente sus ropas, porque es necesario devolverle a Edmundo las suyas, antes del amanecer, si queremos evitar que ellos recelen.

—Me las pondré aunque estén mojadas —dijo Joseph Carrell—. Ya me encuentro más restablecido… Pero, si han de ser operados, necesitaremos como mínimo un bisturí.

—Ya arreglaremos eso. Puede que alguna de las herramientas que tenemos nos sirva, si la modificamos. Y a falta de desinfectante, si es preciso, utilizaremos agua del mar, hervida. Pero veamos antes lo que opina el señor Kreis.

* * *

Arthur Kreis fue despertado por Dillon y Don, quienes le

expusieron la situación sin paliativos. El millonario escuchó con atención, primero a Dillon y después a Coleman, y terminó por frotarse la barba, diciendo:

—Desde luego, estamos eligiendo entre la vida o la muerte. Y lo mismo le ocurre a ese hombre que la Providencia nos envía. Si le encuentran, correrá nuestra suerte. Si escapa, puede que no llegue vivo a ninguna parte.

«Estoy, pues, con Don. Creo que debemos resolver este asunto nosotros, sin esperar la ayuda que nos pueda llegar de fuera.

—¿Y correr el riesgo de morir, si intentamos quitarnos las cápsulas? —preguntó Dillon, sombrío.

—¿Quieres vivir, Raff? —retrucó Kreis, secamente.

—Sí.

—Pues, para vivir, hay que correr riesgos.

—¡Es una locura! ¡Será la muerte de Don!

—No —dijo el millonario—, Don no tiene por qué morir en esa prueban. ¡Seré yo quien demuestre si «Leok» nos mintió o no!

—¿Usted? —exclamaron Dillon y Don a un tiempo, atónitos.

—Sí, yo. Y tengo mis motivos. En primer lugar, yo he vivido más que vosotros. Mi vida ha sido dura, pero coseché triunfos y hace tiempo que vivo plácidamente. Se puede decir que he tomado de la vida todo lo que me pertenecía. He sido feliz, he tenido placeres, satisfecho mis caprichoS... En fin, he llegado a algo, en la vida, aunque el dinero no me haya hecho feliz. Yo he vivido. Y vosotros aún podéis vivir. ¿Quién mejor que yo para demostrar si se puede vivir con esa cápsula fuera del pecho?

—¡Yo no puedo consentir que usted se sacrifique por nosotros! —declaró solemnemente Don Coleman.

—Tú te callas, Don. Si yo muero, cuida de mi hija, Te quiere y la quieres. Y ella me importa mucho más que los pocos años que puedan quedarme de existencia... ¡No hablemos más! Yo iré a ver a ese hombre y me someteré a la operación. ¿Qué se necesita?

—Valor, más que otra cosa —rezongó Raff Dillon—. Y ante la prueba que está usted dando, me siento un tanto avergonzado.

Arthur Kreis sonrió y repuso.

—No me asusta la muerte. Ya la vi una vez y creo que estoy de más en este mundo. Vamos a ver a ese hombre.

—Necesitaremos alguna herramienta y el cicatrizante que nos

dieron para su pierna.

La herramienta la improvisó Don con un fragmento de envase de pasta de pescado, que era un metal duro, amarillo, parecido al plástico acerado. Era preciso afilarlo convenientemente con una piedra y desinfectarlo con fuego.

Pero todos aquellos inconvenientes se solucionaron pronto con un recipiente de agua hirviendo en el fuego eléctrico de la cocina que tenían en la vivienda.

Dillon también se aseguró de que los diez «crontos» estaban descansando en su morada. Luego, regresó donde esperaban los otros, para dirigirse, provistos de una lámpara inagotable, de las que habían empleado al principio de su estancia allí para trabajar durante la noche, hacia donde estaba aguardando Joseph Carrell.

Le encontraron junto a la playa agitando sus pantalones al aire, para secarlos cuanto antes. Saludó cortésmente a Arthur Kreis y luego examinó, con ayuda de la lámpara, el pecho del millonario. Tentó con la yema de los dedos durante un rato y terminó por preguntar:

—¿Está usted dispuesto a dejarse operar y pase lo que pase?

—Sí, lo estoy.

—Bien, veamos ese bisturí, Coleman. ¿Corta?

—Lo podemos afilar un poco más.

—No importa. Necesitaremos algún vendaje. ¿Y esto qué es?

—Un activo cicatrizante que nos facilitaron ellos.

—Prefiero más no utilizarlo… Tiéndase ahí, señor Kreis.

CAPÍTULO VIII

Arthur Kreis se contrajo violentamente, cuando Joseph Carell le extirpó el injerto metálico que tenía en el pecho. Un instante después, el millonario dejaba de existir.

Los testigos de aquella insólita operación, realizada a la orilla del mar, sobre la arena, sin instrumentos quirúrgicos ni anestesia, se miraron sobrecogidos.

—Ha muerto! —musitó el médico, con un hilo de voz, aunque sus palabras parecían un grito.

—Lo sabía —añadió Raff Dillon—. Estaba seguro de que iba a

ocurrir esto.

—¡No es posible! ¡Esa simple cápsula no ha podido matarle!

—¡Ha de existir un motivo!

Era como para volverse loco. Y algo de esto ocurrió a Raff Dillon, quien se levantó y echó a correr, dejando solos a Don y Carrell, en compañía del hombre que se había sacrificado por salvarles.

—¿Dónde va él? —preguntó Carrell, trémulo.

—No lo sé. Ya no importa, doctor —contestó Don—. Lo que importa es esto. ¿Por qué ha muerto?

—¡Averígüelo usted! ¡Debe de existir una causa!

—La cápsula estaba situada bajo la piel, junto al apófisis del esternón. No ha afectado en absoluto a la válvula cardiaca. Pero... Espere, Coleman. Creo que aquí hay algo... ¡Déme la lámpara!

Carrell tomó la lámpara y examinó la herida abierta, donde la sangre había dejado de brotar. No tuvo el menor reparo en introducir los dedos en la incisión y hurgar, hasta encontrar una aguja muy fina, del largo de la cápsula, que estaba introducida en el pecho.

—¿Qué es eso? —quiso saber Don.

—Quizá sea la explicación del óbito. Esta aguja ha podido salir de la cápsula, al quedar ésta al descubierto, hundiéndose en el cuerpo. Puede estar impregnada de un veneno activo, que ha paralizado el corazón en el acto.

«Nos hallamos ante un caso muy extraño, y por tanto hay que buscar explicaciones extrañas. Sin embargo, es conveniente deshacerse de esta cápsula, por si la hacen estallar a distancia.

—Sí, la arrojaremos al mar. Démela.

Don tomó el objeto fatídico y fue con ello hacia la orilla del mar, para arrojarlo a distancia. Sin embargo, no lo hizo. Se agachó y procedió a lavar la pieza meticulosamente, con agua salada. Luego, regresó a donde esperaba Carrell, con la lámpara.

Estuvo examinando la cápsula unos instantes y luego se la mostró al otro.

—Fíjese bien, doctor Carrell —dijo Don—. Se aprecia perfectamente el orificio del que ha salido la aguja. Estoy seguro de que eso ha sido la causa de la muerte del señor Kreis.

—No tengo la menor duda. Si hubiésemos sabido esto, quizá no

habría muerto. Es posible taponar el extremo de la cápsula y evitar que se dispare la aguja. Posiblemente, el resorte que la dispara ha accionado al estar la cápsula al descubierto.

—Estoy pensando que podríamos hacer de nuevo la prueba, doctor.

Carrell miró a Don fijamente.

—¿Con quién?

—Conmigo —dijo Don, secamente.

—¿Después de lo que ha sucedido?

—No importa. Para vivir hay que correr riesgos, como dijo este hombre, al que amé más que a un padre. Todo cuanto tengo, incluso mi felicidad, se lo debo a él. Su muerte no debe quedar impune… ¡Y creo estar seguro de lo sucedido! ¿No le ocurre a usted lo mismo?

—Es muy arriesgado, Coleman.

—¡Más arriesgado es vivir con esta cápsula dentro del cuerpo, doctor! Se trata de impedir que se dispare la aguja antes de retirar el injerto. Puede hacerse.

—Sí, puede intentarse… ¿Por qué se ha ido el teniente Dillon? Le necesitaríamos aquí.

—Escuche, Carrell. Usted se encuentra también como nosotros. Es el único que no está controlado por los «crontos». No quiero pedirle que se lance a la peligrosa aventura de atacar a esos sujetos que habitan la isla. Podría morir en el empeño.

«Más bien creo que su deber es ayudarnos, extirpándonos esa cápsula maldita. Nosotros nos encargaremos de los «crontos». Y ha de ser esta misma noche.

«En cuanto sea de día, se darán cuenta de la muerte de Kreis y querrán averiguar los motivos. Recelarán y puede que tomen medidas represivas. Por eso hemos de actuar sin pérdida de tiempo.

—Bien, ¿qué quiere que haga? Me doy perfecta cuenta de la situación.

—Venga usted conmigo a nuestra morada. Entraremos sin ser vistos y con ayuda de mis compañeros puede usted realizar la prueba en mí. Si tiene éxito, les operará a todos. Luego, sin restablecer siquiera, atacaremos a los «crontos» y buscaremos el modo de escapar antes de que sea demasiado tarde.

—De acuerdo. Vamos allá. No tenemos otra solución.

* * *

Lograron llegar a la vivienda, donde todos, excepto Dillon, que no había regresado aún, estaban reunidos en torno a Pier Kreis.

Don abrazo a su amada y le dijo:

—Lo siento, Pier. No hemos podido evitarlo. El doctor Carrell ha hecho lo que le hemos pedido y el resultado…

—¿Ha muerto?

—Si. Pero creo que su muerte no ha sido inútil. Hemos visto una posibilidad… ¡Por favor, Pier, no llores ahora! La situación es muy peligrosa. Quiero que ayudéis al doctor Carrell a efectuar otra prueba conmigo.

—¡No! —exclamó la joven, desgarradoramente.

Joseph Carrell explicó lo que había sucedido, detallando lo que él creía como causa de la muerte del padre de Pier.

—No estoy muy seguro de poder evitar que se dispare esa aguja, que debe estar envenenada con una ponzoña muy activa. Pero si sujetamos previamente los extremos, para estar seguros de no cometer ningún error, la cápsula puede ser extraída entera.

—Quiero hacer la prueba —dijo Don, firmemente—. Es nuestra única solución. Mañana será demasiado tarde.

—No, Don. Es preferible seguir como hasta ahora —suplicó Pier, ante el silencio impresionante de los demás.

—Ya no podemos seguir como hasta ahora. La situación ha cambiado por entero, Pier. Tu padre ha muerto. Y lo peor tiene que suceder aún. Vamos, doctor Carrell. Cuando usted quiera.

—Espera, Don —dijo Pier, abrazándose a él—. Debe de existir otra solución. ¿Y Dillon?

—Nos dejó. La muerte de tu padre le afectó mucho. Se hallará en algún lugar, rumiando su desesperación. Y no es momento este de perder la cabeza.

—¿Quieres que pruebe yo primero? —preguntó Edmundo Oakes, rompiendo el silencio, por vez primera—. Si vuestra teoría es cierta, me veré libre de la cápsula. Ardo en deseos de partir la cabeza a esos peces pensantes. Y no me importa irme al otro mundo.

—No, de —dijo Don—. Tu vida vale tanto como la mía. Y yo he concebido la idea.

—¡Yo no quiero que mueras, Don! —gimió Pier—. ¡No lo quiero! ¡Te amo y te necesito!

—En estas condiciones, nuestro amor es imposible, Pier. Compréndelo, Primero haremos la prueba conmigo y, si tiene éxito, el doctor Carrell os extirpará a todos esa maldita cápsula. Vamos, no perdamos más tiempo. Entremos en la cocina, doctor.

El grupo siguió a Don hasta la cocina, donde existía más iluminación. Tenían que darse prisa, porque el tiempo iba transcurriendo y los «crontos» podían presentarse en la vivienda, si sospechaban algo. Allí no existían cerraduras en las puertas, para bloquearles el paso.

Don se despojó de la camisa y se tendió sobre la mesa, apremiando a Carrell para que efectuase la primera incisión en su pecho. El médico preparó dos finos estiletes del mismo metal que el empleado con Arthur Kreis y pidió al canadiense que le ayudara a sujetar uno de ellos, antes de introducirlo en la piel.

—Por favor, es mejor que salga usted, señorita Kreis. Trabajaré más tranquilo.

Pier besó a Don y luego se dejó arrastrar por Eddie Rosery, cuya hermana se quedó para ayudar en tarea tan importante.

Myrna fue la encargada de sostener la lámpara sobre el pecho del herido, siguiendo las instrucciones que le daba Joseph Carrell, quien miró a sus improvisados ayudantes y musitó, antes de empezar la operación:

—Que Dios nos ayude… ¡Apriete los dientes, Coleman!

Don tensó los músculos faciales, y el improvisado bisturí se hundió en su carne lentamente, buscando el extremo de la cápsula, para impedir que la albergada en su interior, pudiera dispararse.

—Sujete así, señor…

—Oakes —dijo el canadiense, tomando el improvisado instrumento.

Don sudaba, haciendo esfuerzos para contener el dolor.

Carrell introdujo la segunda lanceta y siguió la forma de la cápsula, hasta presionar en el otro extremo, para taponarlo a su vez, Luego, con el restante incisor practicó un rápido corte e introdujo los dedos en la herida.

—¡No suelte, Oakes!

La cápsula salió en el instante en que Don perdía el

conocimiento. Estaba firmemente sujeta por los dos extremos que cubrían las lancetas. Y con ello en la mano, Carrell la introdujo en un recipiente de agua, para lavarla.

Primero retiró una de las lancetas, apuntando hacia la pared del recipiente de agua. Y no ocurrió nada. Pero, cuando repitió la operación por el otro extremo, la aguja fija salió disparada con fuerza, incrustándose levemente en la pared de la vasija, ¡y el agua se tiñó de negro brevemente!

—¡Ahí está la aguja! —exclamó Carrell, lleno de entusiasmo—. Si no hubiésemos tenido esta precaución, Don Coleman habría muerto.

Edmundo Oakes y Myrna estaban como petrificados, mirando la fina aguja. Carrell, por su parte, se inclinó sobre el paciente, auscultándole y tomándole el pulso. La sonrisa de sus labios se acentuó.

—Vive y la herida no es muy profunda. Conviene lavarle con agua hervida y vendarle. Llamen a la señorita Kreis.

Myrna llamó a Pier y a su hermana, las cuales entraron rápidamente al conocer la noticia.

—Les operaré a todos sin pérdida de tiempo. Pero necesitamos encontrar al teniente Dillon. Debe saber la noticia.

—Ya vendrá —rezongó Edmundo, que se estaba quitando la ropa que cubría su torso—. Ya puede operarme a mí, doctor.

—Usted ha de ser el último, señor Oakes. Le necesito para ayudarme. Ahora, llévense a Don Coleman. Operaré a la señorita Kreis. Fue su padre el que nos ha ayudado más, sacrificándose por todos.

Las hermanas Rosery se encargaron de atender a Don, después de haberle lavado la herida del pecho, se lo llevaron. Utilizaron, luego, un tosco vendaje para cubrirle la herida.

Mientras, Carrell repetía la operación con Pier Kreis, a la que pudieron retirar la aguja y la cápsula, sin peligro.

Trabajaban contra el tiempo. Ya era más de media noche y tenían que ser atendidos todos. Mientras se vendaba y lavaba a Pier, Edmundo tomó las cápsulas retiradas a Don y Pier y salió al exterior, ocultándolas junto a la vivienda donde estaban descansando los «crontos».

La intención de Edmundo Oakes era aviesa. Si las cápsulas eran

explosionadas a distancia, los primeros en recibir las consecuencias serían los propios «crontos».

Cuando regresó a su vivienda, Carrell estaba preparándose para operar a Eddie Rosery. El canadiense explicó lo que había hecho, y el médico sonrió:

—No será fácil que estallen esas cargas bajo sus pies.

—No. Pero en cuanto les eche la mano encima, se acordarán de mí, se lo aseguro.

Myrna les ayudó a operar a su hermana. Estaba visiblemente nerviosa y el temblor de su mano produjo un accidente fatal, puesto que Carrell levantó la mirada hacia ella y le dijo:

—¡No mueva la luz!

Myrna retrocedió un paso. Pero su hermana, sin poder contener el dolor de su pecho, abierto ligeramente por la lanceta, se contrajo. Y a Edmundo se le escapó la herramienta.

—¡Cuidado! —gritó Carrell.

La paciente se ladeó bruscamente, como si en su pecho se hubiese producido un enorme desgarro; luego quedó rígida, de costado. Había muerto por negligencia.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Myrna.

—Lo siento —musitó Carrell—. Es una delicada operación y…

Myrna emitió un alarido espantoso, dejando caer la lámpara y retrocediendo,

—¡Usted la ha matado!

—¡No, yo sólo quería salvarla!

Edmundo tuvo que saltar sobre Myrna y sujetarla, para que no continuase gritando. Pero ya era demasiado tarde. En la noche, los gritos de la francesa habían llegado hasta la vivienda de los «crontos», algunos de los cuales se incorporaron prontamente, saliendo al exterior.

«Deke» fue uno de ellos. Con paso rápido, pues tenía más seguridad en sus piernas artificiales, se dirigió a la vivienda de los humanos. La fosforescencia de su traje de buzo irradiaba fantasmagóricamente en el claro. Y su deforme y monstruosa cabeza se volvía en todas direcciones, como buscando algo.

Subió los tres peldaños del porche y empujó la puerta.

Edmundo Oakes salía en aquel momento de la cocina y, al ver al «cronto» se lanzó sobre él, enarbolando una tosca Silla.

«Deke» emitió un rugido y retrocedió, pero no pudo evitar el terrible silletazo que le lanzó rodando al suelo, emitiendo chillidos espantosos.

Los otros «crontos» accionaron rápidamente los pulsadores de su peto, y la reacción fue fulminante, al producirse una explosión fortísima que desgarró por entero el pecho del ballenero canadiense, el cual se desplomó sin vida, fulminado por la muerte que llevaba consigo.

A su vez, Myrna Rosery reaccionó con bravura, saltando por una ventana y dirigiéndose al cobertizo donde guardaban las herramientas utilizadas en la huerta y en la construcción de las viviendas. No fue vista por los «crontos», y pudo apoderarse de la sierra de rayos actínicos, que era un instrumento capaz de disparar rayos invisibles, que fundían los materiales más sólidos.

Provista de aquel instrumento fatídico, Myrna Rosery rodeó la casa y asomó por una esquina. Los «crontos» estaban en el claro, rodeando a «Deke», que parecía insensible, en el suelo. La luz que irradiaba de sus buzos lo iluminaba todo.

—¡Tomad, malditos! —gritó Myrna, sin darse cuenta de que allí no estaban todos los «crontos».

El arma entró en actividad y los cinco «crontos» se retorcieron de dolor, desplomándose. Pero otro «cronto», el llamado «Veg» salió de la vivienda, y accionó otro pulsador de su peto.

Myma Rosery estalló como si tuviese una granada en el cuerpo, cayendo y soltando la «sierra», que rodó sobre el terreno, a pocos pasos de donde había caído la infeliz, sobre el charco de su propia sangre.

«Veg» miró en derredor y luego fue a recoger aquella arma fatídica. Pero, al ver salir atropelladamente al doctor Carrell de la vivienda, provisto de una silla, no logró agarrarla.

«Veg» presionó de nuevo el pulsador de su peto, como si quiera fulminar a Carrell, al que supuso uno de los humanos prisioneros. Y cual no sería su asombro al ver que no se producía. explosión alguna.

No tuvo tiempo de salir de su estupor. Carrell le asestó un violento silletazo en la cabeza, dejándole tendido en tierra. Resultaban muy frágiles aquellos extraños seres. Un golpe los aturdía, dejándoles sin sentido.

Cuando Carrell se inclinaba a recoger la «sierra», ante la vivienda de los «crontos», se produjo una explosión doble, violenta, que lanzó la tierra a varios metros de altura.

¡Y en medio del mar, nadando vigorosamente, como si quisiera escapar de la trampa mortal que tenía en el pecho, el teniente Raff Dillon murió también súbitamente, al reventársele violentamente el pecho!

Aquel infortunado, en su huida, había querido alejarse a nado de la isla, llevándose el chaleco salvavidas de Joseph Carell y algunas provisiones que la explosión deterioró.

Luego, su mutilado cuerpo, se hundió lentamente en el mar, para servir de alimento a los peces, a unos peces menos peligrosos que los llegados de aquel otro planeta extraño y lejano.

* * *

Joseph Carrell no tuvo dificultad ninguna en manejar la «sierra» de rayos actínicos y eliminar a los «crontos», quedándose dueño de la isla de Uls.

Luego, regresó a la vivienda a ver cómo se encontraban Don y Pier.

Al primero lo encontró despierto, aunque muy agotado. Sin embargo, Pier Kreis continuaba sin sentido.

—¿Qué ha ocurrido, Carrell? —preguntó Don, apenas sin voz.

—Un desastre. La operación de una de las mujeres falló. La otra se puso a gritar, perdiendo la cabeza. Atrajo la atención de ellos y vinieron. Oakes derribó a uno, pero le mataron, haciéndole estallar la cápsula en el pecho. Los he visto y es algo horrendo. La otra mujer corrió igual suerte.

—¿Y Pier?

—Vive. Tuve tiempo de operarla, No se preocupe, Coleman. He empleado esto contra ellos. Se lo vi manejar a ésa mujer.

—¡La sierra de rayos actínicos! La utilizamos para cortar troncos. Hablamos en una ocasión de utilizarla contra ellos... ¡Pobres compañeros! ¿Y Dillon?

—No sé donde está. Pero mucho me temo que haya muerto también. Las dos cápsulas, que les saqué a ustedes, fueron enterradas por Oakes ante la vivienda de ellos. Han hecho

explosión.

—Eso quiere decir que las han accionado todas a la vez. De no haber sido operados por usted, ahora estaríamos muertos, doctor Carrell.

—Sí, eso creo.

—¡Pero vendrán los otros «crontos»! ¡Y no tardarán en llegar!

—¿Se encuentran muy lejos? —preguntó Carrell.

—No lo sé con exactitud. Nosotros empleamos más de un día en llegar en una embarcación transparente. Ellos pueden andar muy aprisa.

—Los recibiremos con esto. Y si es necesario, pegaremos fuego a la isla. Yo no pienso entregarme sin lucha. Usted no se mueva, Don. Debe recuperarse cuanto antes. Yo me encargaré de registrar la isla y comprobar las condiciones que exige para una defensa.

»También tengo que enterrar a esos infelices.

—Me gustaría ayudarle, doctor.

—No se preocupe. Repóngase pronto. ¿Necesita algo?

—No. Examine a Pier.

Carrel se dirigió a la habitación donde estaba Pier Kreis y la examinó brevemente, comprobando que su pulso era normal. La joven parecía dormida.

Regresó junto a Don y le dijo:

—Está bien. No se preocupe por ella.

Carrell salió y a los pocos minutos, Don hizo un esfuerzo, logrando ponerse en pie. Agarrándose a las paredes, logró salir del aposento y dirigirse a donde estaba Pier. Al verla dormida, sonrió y se tendió a su lado, boca arriba, tomándola de la mano.

—Pese a todo, es confortante saber que tú y yo estamos momentáneamente fuera de peligro, vida mía —musitó Don, para sí.

Pareció como si aquellas palabras y el contacto de la mano de Don obrasen el milagro de hacer recobrarse a la joven, la cual gimió débilmente primero, para luego parpadear y exclamar:

—¿Dónde estoy?

—Junto a mí, cariño. Nos hemos salvado, Pier.

—¿Salvado? —exclamó ella, con voz muy débil.

—Sí. Pero... los demás han muerto.

—¡No! ¡No puede ser cierto! ¡Es demasiado horrible!

—Tranquilízate. El doctor Carrell está vivo y ha eliminado a los «crontos». Ahora está enterrando sus cuerpos.

—¡Pero vendrán más, Don! ¡Vendrá «Leok» y los otros!

—Los recibiremos como se merecen... ¡Y moriremos luchando, como decía tu padre!

CAPÍTULO IX

La isla de Uls se encontraba lejos de cualquier otro punto habitado del globo, sin embargo, y por motivos fáciles de comprender, a la mañana siguiente, un hidroavión sobrevoló la isla, logrando descubrir en el claro las dos construcciones y al hombre que agitaba vigorosamente su suéter, para llamar la atención.

Por si fuese poco, Joseph Carrell prendió fuego a un montón de hojarasca seca y la humareda fue vista perfectamente por el navegante del hidroavión, quien advirtió al piloto de lo que ocurría,

A bordo del aparato, iban seis personas, del servicio de salvamento de náufragos, y precisamente estaban buscando algún rastro del doctor Carrell.

Inmediatamente, el piloto, un irlandés llamado Higgins, dirigió su avión hacia la isla y amerizó limpiamente, junto a la playa más próxima al lugar donde había visto a Carrell haciéndole señas.

Echaron un bote al agua y dos hombres se dirigieron a la orilla, remando vigorosamente. Carrell les estaba esperando, brincando de alegría.

—¡Hola, Mac! ¡Hola, Elvis! ¡Jamás me he alegrado tanto de ver a nadie!

—No esperábamos encontrarle, doctor Carrell —replicó uno de los hombres, saltando alagua y avanzando hacia la orilla—. ¿Qué le ocurrió?

—Marcos y Sengi debieron de emborracharse, pegando fuego al balandro. ¡Malditos! Pero asómbrense de lo que voy a contarles. No sé cómo diablos pude llegar a esta isla, ¿Y saben lo que encontré aquí?

—¿Qué, doctor? —preguntó uno de los hombres del salvamento.

—A un grupo de personas, secuestradas por diez individuos que... Bueno, sé que no van a creerme. Pero es cierto como que les

estoy viendo a ustedes... ¡Seres de otro planeta, peces inteligentes!

—¡Vamos, doctor; déjese de bromas!

—Es cierto, Mac. Vengan a verlos. Había siete personas secuestradas, pero sólo quedan dos. Están heridos, pero se repondrán pronto. Hay que trasladarlos al hidro.

Los dos hombres se miraron, aturdidos.

—Avisa al capitán, Elvis. Yo iré con el doctor a ver eso. Desde luego, esta isla no está habitada y hemos visto dos viviendas en el claro.

El llamado Elvis saltó a la balsa, para regresar al hidroavión, mientras que Mac y Joseph Carrell regresaban al interior de la isla, donde quedaban vestigios de los sucesos contados por Carrell, quien hizo al otro un relato sucinto de lo ocurrido.

Atónito, Mac pudo ver el agujero en donde estaban los «crontos», todavía insepultos. Luego, pudo hablar con Don Coleman y Pier Kreis. Y al saber el nombre de la joven no pudo por menos de soltar un resonante taco.

—¡Voto a mil diablos rojos, señorita Kreis! ¡Si todos los periódicos del mundo divulgaron la noticia de su muerte!

—Éste es Mac Farty, capataz de la Compañía Maskell, de Pago—Pago.

—Mucho gusto. Es conveniente que no perdamos tiempo. ¿Hay sitio en su avión para nosotros?

—¡Claro, que sí! Inmediatamente vendrán los otros con las camillas... ¡Esto es asombroso! ¿Y han estado ustedes en poder de esos monstruos?

—Sí. Queremos irnos de aquí cuanto antes. Ayúdeme a levantarme —suplicó Pier—. Hasta que no esté lejos de esta condenada isla no creeré que estoy viva.

Carrell ayudó a Pier a ponerse en pie, mientras que MacFarty ayudaba a Don. De este modo, salieron de la vivienda, para dirigirse hacia la playa.

Pero no habían caminado aún cincuenta metros cuando escucharon el fuerte tableteo de una metralleta, mezclada con agudos chillidos. Al oírlos, Don Coleman se tornó blanco como la cera y exclamó:

—¡Ya están ahí! ¡Los «crontos»!

Efectivamente, una veintena de hombres—peces había surgido

del agua en tomo a donde estaba amarado el hidroavión. Llevaban unas armas que disparaban rayos invisibles, con los que estaban cribando materialmente el fuselaje del aparato.

Uno de los hombres que se encontraba ante la escotilla abierta fue eliminado, cayendo al agua con la cabeza perforada por uno de aquellos rayos mortíferos.

Sus compañeros sólo disponían de un arma, una metralleta que guardaba el piloto Higgins, para casos de emergencia, y la empuñó con energía, asombrado de lo que estaba viendo y que aún no era capaz de creer.

Algunos «cronto s», de cuerpo escamoso y aletas en vez de piernas y brazos, cayeron alcanzados por las balas. Su sangre verdosa se mezcló con el agua.

Pero el hidroavión quedó pronto convertido en chatarra, cribado materialmente por los rayos invisibles de los atacantes marinos.

* * *

Había de ser Don Coleman quien se desprendiera del apoyo de MaCFarty, para regresar tambaleándose a la vivienda, en donde Carrell había dejado la «sierra» de rayos actínicos.

La furia desesperada de Don era tanta que recurrió a sus escasas energías para alcanzar el arma y salir de nuevo, cuando Joseph Carrell, corría hacia él, exigiéndole que le entregase el arma.

—¡Yo haré lo que pueda!

—No —rehusó Don—, esto es asunto mío. No tenemos salvación. Se lo dije. Pero eliminaré a unos cuantos, antes de caer.

Diciendo esto, Don empujó a Carrell, derribándole, y se alejó hacia la playa, donde la lucha entre los «crontos» y los ocupantes del hidroavión estaba terminando.

Asomando en el lindero de la fronda, Don apuntó con su arma hacia el agua, donde saltaban los «crontos», como si fuesen focas. El arma zumbó brevemente y algunos «crontos» cayeron, doblándose.

Los chillidos arreciaron y algunas de las armas que empuñaban los hombres—peces se volvieron hacia el lindero de la maleza en busca del que les atacaba, para exterminarlo.

Don no se dejó caer, sino que la debilidad le dobló las piernas, desplomándose. Y a esto debió el salvar la vida, porque sus

enemigos creyeron haberle alcanzado y cesaron de dispararle; pero saltaron al agua, hacia la arena, para acercarse a él.

Don, tuvo un presentimiento, más inspiración súbita que fruto de su inteligencia, y optó por no moverse, quedándose quieto, con los ojos abiertos, viendo como del agua surgían más «crontos», y todos se dirigían hacia tierra.

Y, de pronto, vio a uno al que identificó inmediatamente. ¡Era «Leok»! Era más recio que los otros, tenía una coloración verdosa más intensa y poseía una señal característica en el rostro escamoso, que le hacía inconfundible.

«Leok» se movía con rapidez sobre el agua y sus compañeros se apartaban para dejarle paso, respetuosamente. Era el jefe de todos ellos y le respetaban.

Don no vaciló más. Aquella era la ocasión que esperaba. Sabía que iba a morir, porque cuando se moviera, las armas que empuñaban extrañamente los «crontos» con sus aletas, se volcarían sobre él.

¡Y quiso morir, matando a «Leok»!

Movió rápidamente la mano y puso en funcionamiento la «sierra», a la vez que apuntaba a «Leok», quien emitió un grito agudísimo, para brincar acto seguido a más de un metro por encima del agua y luego caer y quedar inerte.

Lo que ocurrió a continuación dejó atónito a Don. Los «crontoS» se inmovilizaron súbitamente, y a continuación se volvieron hacia donde había caído su jefe. Y sus aletas no se movieron para dirigir sus armas hacia Don. Pareció que, habiendo caído la mente rectora de todos ellos, no supieran qué hacer ni qué decidir.

Y ante aquella inmovilidad increíble, Don no vaciló, disparando los rayos actínicos de la «sierra» y viendo con alborozo que todos los «crontos» caían, sin oponer la más mínima resistencia. En menos de cinco minutos no quedaban ni un sólo hombre—pez con vida, y sus cuerpos cubrieron todo el sector de arena y agua.

Joseph Carrell y MacFarty no tardaron en llegar junto a donde estaban Don y le ayudaron a ponerse en pie, sin poder creer en lo que estaban viendo.

—¿Están todos muertos? ——preguntó Carrell.

—Sí... Sucedió algo inesperado. Vi a «Leok», el jefe de todos ellos... Comprendí que iba a morir y decidí matarle a él también. Lo

hice y... ¡Todos quedaron inmóviles!

* * *

Entre los ocupantes del destruido hidroavión sólo se había salvado el piloto Higgins, quien se arrojó al agua y nadó hacia la orilla, esquivando aquellos repulsivos cuerpos. Cuando llegó junto a los otros, estaba blanco como la cera y tartamudeaba fuertemente:

—¿Qué cla...se de peces son és...tos?

—¿Cree usted que vendrán más, Don? —preguntó Carrell.

—No lo sé. De momento, nos han dado un respiro. Tendríamos que escapar de aquí cuanto antes.

—¡Nos han destruido el hidro! —gritó MacFarty, como si la idea de permanecer en la isla un minuto más le enloqueciera.

—Sam pudo enviar un S.O.S. —dijo Higins—. Espero que lo hayan recibido... ¿Pueden explicarme lo que significa todo esto?

Retrocediendo hacia donde Pier Kreis estaba apoyada en el tronco de un cocotero, Don explicó a grandes rasgos su aventura, lo que dejó boquiabierto a Higgins, quien sólo hacía que soltar exclamaciones de asombro e incredulidad.

—¿Seres de otro planeta? ¡Eso no puede ser! ¡Es imposible!

—No me diga que no puede ser, Higgins —replicó Carell, furioso —. Usted mismo los ha visto.

—Si, pero... No lo creo.

—Déjelo, Carrell. Usted tampoco lo creyó. Es humano —dijo Don—. Será mejor que volvamos a la vivienda y esperemos. Tenga la «sierra», doctor. Apóstese en la orilla y, si vuelven dispare... Quedan muchos más en la nave sumergida.

—Sí, Don. Me encargaré de eso. Venga conmigo, Mac. Y usted, Higgins, entérese bien de todo. Don Coleman y la señorita Kreis se lo explicarán.

* * *

Los «Crontos» no volvieron en todo el día. Al atardecer, sin embargo, un nuevo hidroavión llegó a las proximidades de la isla, amerizando cerca de los cuerpos, aún flotantes, de los «crontos» muertos.

En el hidro venían seis policías y dos civiles, quienes fueron informados de todo, mientras los supervivientes eran embarcados en el aparato.

Don y Pier hubieron de ser trasladados en camillas e izados hasta el avión marino; pero, cuando estuvieron a bordo, Don se incorporó para abrazar a Pier, exclamando:

—Ahora sí estamos a salvo.

El doctor Carell informó ampliamente de todo y el piloto de la nave, de acuerdo con Higgins, decidió enviar un radiomensaje a las autoridades navales, a fin de dar la alarma.

La noticia corrió como reguero de pólvora, sacudiendo el éter a través de las ondas hertzianas, y no tardó en llegar a Hawai, y de allí pasó a la Casa Blanca, donde un primer secretario del Presidente, incrédulo, ordenó enviar a un delegado a efectuar una investigación.

Se requirió un reactor militar y el delegado de la Presidencia llegó al día siguiente a Pago—Pago, para trasladarse al hospital donde estaban Don y Pier.

El relato que explicaron los dos jóvenes hizo poner los cabellos de punta al delegado del gobierno. La misma historia fue corroborada por Joseph Carrell, MacFarty y el piloto Higgins. Los otros dijeron solamente lo que habían visto.

Inmediatamente, el delegado comunicó a Washington y recibió orden de trasladarse a la isla de Uls, a bordo de un hidroavión, mientras un par de submarinos nucleares, con base en Honolulú se ponían rápidamente en movimiento, cursándose radiomensajes cifrados tendentes a localizar la posición de la nave espacial extraterrestre.

Todo pudo ser confirmado, aunque se guardó sobre ello un absoluto silencio.

A los principales testigos se les incomunicó en sus aposentos del hospital, con guardias a la vista y los otros fueron internados en sus domicilios.

Ya no supieron lo que había sucedido, aunque Don y Pier recibieron la visita de una comisión de la Armada, compuesta por altos dignatarios y hubieron de repetir su relato por centésima vez, quedando grabadas sus declaraciones.

Al terminar, un almirante de cabellos blancos y rostro arrugado

dijo a la pareja:

—Volverán ustedes a San Francisco, pero no podrán decir absolutamente nada de lo ocurrido. ¿Me entienden? Se informará a la prensa de que, al naufragar, fueron a parar a una isla desierta, donde se les rescató. Eso es todo lo que deben decir. De lo demás, ni una palabra a nadie.

—De acuerdo, señor —prometió Don—. No diremos nada, entre otras cosas porque estamos seguros de no ser creídos.

—Yo tampoco lo creo, aunque he visto con mis ojos y los he tocado con mis manos a esos monstruos marinos.

—¿Han localizado ustedes su nave?

—Sí… ¡Ha sido destruida con cinco proyectiles atómicos! —contestó el almirante—. Ahora, la ciencia se encargará de ese asunto. Y mucho me temo que no sacarán nada en claro. Se intentará localizar la gruta donde dicen ustedes que les tuvieron encerrados. Se comprobará todo meticulosamente, pero no se podrá informar a nadie de lo ocurrido.

»Se trata de un peligroso secreto de estado.

—Hemos comprendido, señor. El pánico sería grande entre la gente.

—Y no sólamente eso, señor Coleman —añadió el almirante—. Lo que teme el gobierno son las posibles repercusiones. internacionales.

Al día siguiente, Don y Pier fueron escoltados hasta el aeropuerto. No había ningún periodista en las proximidades y pudieron tomar un avión militar que los trasladó a Honolulú, donde otro aparato, este comercial, les llevó a San Francisco.

Allí sí que se vieron asaltados por una multitud de periodistas de todas las nacionalidades, entre los que se habían mezclado agentes del Servicio Secreto, para evitar que Don y Pier pudieran cometer una indiscreción, cosa que no ocurrió. Ambos se excusaron de hacer declaraciones.

Fue Don quien dijo:

—Hemos vivido una pesadilla, perdidos en el mar y viviendo en una isla como robinsones, hasta que fuimos rescatados. Imagínense el resto. Estamos muy contentos de volver a la civilización, pero el padre de la señorita Kreis murió en el naufragio.

—¿Cómo ocurrió?

—¿Pueden darnos alguna noticia sentimental?

—Sí, vamos a casarnos —dijo Pier—. ¿No es lógico?

Al día siguiente, toda la prensa del mundo comentaba el regreso de la rica heredera Pier Kreis, que iba a casarse con el hombre que vivió durante más de un mes con ella en una isla desierta.

Aquella noche, en casa de Pier, al quedar solos, ambos jóvenes se miraron fijamente a los ojos.

—¿Crees que lograremos olvidarlo, Don? —preguntó ella.

—Hemos de hacer un esfuerzo. El tiempo nos ayudará.

—¡Pobre papá! —musitó Pier, con lágrimas en los ojos.

Don pasó su brazo sobre el hombro de ella.

—Recuérdale como a un gran hombre. De no haber sido por su heroico sacrificio, nosotros no estaríamos aquí ahora.

—Sí, Don... ¿Y qué debió de ocurrirle a Raff?

—Es posible que intentase huir de la isla. «Leok», sin duda, ordenaría nuestra destrucción, y por eso estallaron las cápsulas que Carrell nos había extraído con tanto acierto. Raff Dillon debió de encontrar la muerte en aquel momento. Edmundo y Myrna habían muerto ya. Por lo visto ése era su destino.

—¡Trágico destino! —murmuró Pier.

—Sufrieron mucho, demasiado, tal vez, para tener un fin tan trágico.

—Es mejor que intentemos olvidar, Don. Y hemos de hacerlo.

En aquel instante, el timbre del teléfono les sobresaltó. Don se puso en pie y se acercó al aparato, descolgándolo.

—Aquí la residencia de los Kreis. ¿Quién llama?

—Aquí el subsecretario de la Presidencia de los Estados Unidos. ¿Está la señorita Kreis?

Don miró hacia Pier, cuya expresión interrogante era un estudio de perplejidad.

—La Casa Blanca, Pier.

—¡Cuelga! —suplicó ella.

—Lo siento —dijo Don—. La señorita Kreis no está. Ha dicho que no la moleste nadie.

Y antes de que pudieran replicar, Don colgó el auricular.

—Si hemos de olvidar, ha de ser así. ¿Qué te parece si nos casamos mañana mismo y nos vamos a realizar un viaje por Europa?

—¡Sí, Don! Ocúpate de todo. Habla con el señor Fox y que arregle los asuntos comerciales de papá. Te daré plenos poderes para que hagas lo que más convenga en la Compañía.

Él se acercó a ella y la besó tiernamente.

—Todo seguirá igual a como lo llevaba tu padre, Pier. A nuestro regreso dirigiré la empresa. Y prohibiré a nuestros buques que naveguen por el Pacífico.

—¿Por qué, Don?

—No lo sé. Quizá sea una tontería, pero imagino que ellos pueden volver.

—El gobierno tomará medidas para impedirlo, sin duda.

—Puede ser. Nosotros hemos de prometer no hablar más de todo esto.

—Te lo prometo, amor mío.

Era una promesa difícil de cumplir. Con frecuencia, Pier se despertaba en la noche, gritando aterrada, porque en sueños había vuelto a ver imágenes de su fantástica aventura.

En tales ocasiones, Don procuraba tranquilizarla, administrándole un sedante. Poco a poco, también las pesadillas fueron olvidándose. Se habían casado, realizaron un viaje por Europa, siempre en avión o por tierra, porque no querían saber nada con la mar que tantas amarguras les había proporcionado.

Pero un día, sonriendo, Pier habría de decir:

—Los «crontos» no tuvieron la culpa del hundimiento del «Diane», Don. Y ellos nos salvaron la vida cuando ya la habíamos perdido.

—¿Estás segura, esposa mía? —preguntó Don—. Siempre me ha torturado la idea de cómo se estropeó aquella radio y cómo se formó, de improviso, aquella galerna.

Pier miró fijamente a su esposo.

—¿Quieres decir que ellos...?

—Eso no lo sabremos nunca, como tampoco sabremos de dónde vinieron ni quiénes eran, en realidad. Pero hay muchas cosas extrañas en su actitud. La muerte de «Leok» fue una de ellas... Su mundo era distinto al nuestro y no sé que hubiesen podido conseguir.

—Ni yo tampoco. Pero te confieso que ya empiezo a olvidarlos.

Don Sonrió.

—No los olvidaremos nunca, cariño. Pero tampoco nos causarán terror. Todo terminó ya.

—Sí. Todo terminó.

FIN